La

Tía de Carlos

Gil



LA TÍA DE CARLOS

LA TÍA DE CARLOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA POR

Don Pedro Gil

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA
la noche del 9 de Octubre de 1897.

MADRID
IMPRENTA DE V. VELA Y LÓPEZ
4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4

1897

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	SRA. PARÍS.
ANA	SRTA. NESTOSA (J.)
DOÑA LUCÍA	SRA. ALVERÁ.
IRENE	SRTA. PALMA.
JORGE	SR. GARCÍA ORTEGA.
TELESFORO	» MENDIGUCHÍA.
DON FRANCISCO	» VALERO.
CARLOS	» MORANO.
DON SERVANDO	» SÁNCHEZ-BORT.
GASPAR	» VALLE.
MOZO 1.º	» SANTIAGO.
MOZO 2.º	» FERRER.

Derecha é izquierda las del actor.



ACTO PRIMERO

Gabinete elegante de un hotel en El Escorial. Puertas laterales y al foro; ventanas en las segundas puertas, con cortinas blancas, y forillo de jardín. Al foro, balaustrada y fondo del mismo; Mesa de despacho con papel, sobres, libros, periódicos, carpeta, plumas, cesto de papeles y sillón. Detrás de esta mesa, y entre la puerta del foro y la ventana de la derecha, otra mesa con libros. En la izquierda, al foro, otra mesa con tapete, bandeja con botella de agua y dos vasos; debajo de esta mesa cuatro botellas de Champagne. En primer término, izquierda y derecha, mecedora y sillas volantes de Viena.

ESCENA PRIMERA

JORGE y GASPAR

JORGE. (Sentado y escribiendo.) ¡Tampoco! ¡Al cesto! Y dicen que es fácil escribir una carta amorosa. Lo que es para mí... (Rompe el papel y le arroja al cesto.) Vamos con el vigésimo borrador. (Escribe.) «Sol de mi existencia, estrella de mi vida, lucero de la mañana». ¡Anda! Ahora me he metido en el firmamento y no sé salir de él. (Rompe el papel. Toma otro y escribe.) «Señora doña Carmen de la Peña y Covarrubia. Muy señorita mía.» ¡Horror! (Rompe el papel y lo arroja al cesto. Escribe nuevamente.) «Carmen de mi alma...» (Como satisfecho.) Esto es otra cosa; esto ya quiere decir algo. «Carmen de mi alma.» (Leyendo lo escrito.)

GASPAR. (En la puerta del foro de la derecha.) ¿Hay permiso?

JORGE. (Sin levantar la cabeza.) No; déjame: estoy muy ocupado.

GASPAR. Ya lo veo: mas...

JORGE. Que te vayas te digo. (Algo molesto.)

GASPAR. Bien, bien...

JORGE. (Leyendo.) «Carmen de mi alma, de mi...» Ahora voy á tener que romperme el alma para poder seguir. (Levanta la vista y mira al cielo.) ¿Todavía?. . ¿qué quieres?

GASPAR. Pues... dinero.

JORGE. ¿Dinero? ¡Vete de aquí en seguida, estúpido! (Escribe. «El hombre que espera...» (Pausa conveniente.)

GASPAR. Corriente.

JORGE. ¿Cómo?

GASPAR. ¿No dice usted que me espere?

JORGE. ¡Oh! (Como desesperado, amenazando á Gaspar con un libro: vase éste.)

ESCENA II

JORGE y CARLOS; después, GASPAR

CARLOS. (Entrando por el foro de la derecha.) Deseo consultarte...

JORGE. (Creyendo que le habla el criado.) Mira, si no te largas inmediatamente...

CARLOS. ¿Eh?

JORGE. ¡Ah! ¿Eres tú, Carlos? ¿qué te ocurre? (Levantándose y viniendo á primer término.)

CARLOS. No, si te molesto...

JORGE. De ningún modo. Hablaba con ese imbécil de Gaspar, que ha venido á meterme prisa en el preciso momento en que me disponía á escribir una carta importantísima. Perdóname; estoy tan nervioso... tan excitado...

CARLOS. No me extraña; también yo lo estoy.

JORGE. ¿Tú?

CARLOS. ¡Claro! Como que también necesitaba escribir una carta importantísima.

JORGE. ¿A quién?

CARLOS. ¿A quién ha de ser? A Anita.
JORGE. ¿Y qué la dices?
CARLOS. «Ana de mi alma».
JORGE. ¡Ya!... ¿Y qué más?
CARLOS. No he pasado de ahí. Tú que eres práctico en esta clase de asuntos y á todo te atreves...
JORGE. ¿A todo? ¿Lo crees así?
CARLOS. Digo...
JORGE. Pues te equivocas de medio á medio. Deberíamos morirnos de vergüenza al considerar lo que nos sucede. Dos hombres jóvenes, no mal parecidos, estudiantes modelos, próximos á terminar con brillantez la difícil carrera de Ingeniero de montes; que en este Real Sitio de San Lorenzo viven con cierta holgura, casi en casa propia y enamorados perdidamente de las dos señoritas más lindas de la población...
CARLOS. ¡Y del mundo entero!
JORGE. ¡Y del mundo entero, sí, señor! ¡Haber tenido infinitas ocasiones de declararse á esos dos ángeles y estar aún en el prólogo de su novela amorosa!... ¡Es inconcebible!—¿Cuándo se marchan á Santander?
CARLOS. Creo que mañana. (Viveza en el diálogo.)
JORGE. ¿Mañana? ¿Y nos estamos así?
CARLOS. ¿Y qué hacer?
JORGE. ¿Y su tutor?
CARLOS. Pues su tutor, don Servando Juncales, es un hombre de genio terrible.
JORGE. Ya lo sé.
CARLOS. Antiguo agente de Bolsa.
JORGE. Ya lo sé.
CARLOS. Que hoy vive de sus rentas.
JORGE. De sus cupones.
CARLOS. Es lo mismo. Y ayer se fué á Madrid á cobrar el trimestre.
JORGE. ¿De modo que Carmen y Anita...?
CARLOS. Hoy están solas con la vieja que les sirve de doncella y de aya.

JORGE. ¿Solas?

CARLOS. Acabo de verlas en el jardín.

JORGE. ¿Solas... y en el jardín?

CARLOS. Y la puerta de par en par.

JORGE. Pues ¡malditos sean los inconvenientes! (Decidido, como tomando una resolución.) Ponte el sombrero y sígueme.

CARLOS. ¿Cómo?

JORGE. Sígueme: estoy decidido.

CARLOS. No te precipites, Jorge: reflexionemos sobre lo que vamos á hacer.

JORGE. ¡Sígueme!

CARLOS. ¡Mira que nos jugamos nuestro porvenir!

JORGE. ¡Sígueme!

CARLOS. ¡No! no me pidas imposibles: ¡yo no tengo valor sin prepararme antes...

JORGE. ¡Cobarde! (Con cómica seriedad.) Siéntate ahí y escribe: yo te dictaré.

CARLOS. Eso es otra cosa. (Se sienta á escribir.)

JORGE. (Dictando.) «Queridísima Carmen».

CARLOS. (Sin escribir y mirando á Jorge.) Pero ¿quién se declara, tú ó yo?

JORGE. Los dos. (Si me gusta sacaré una copia.)

CARLOS. (Escribiendo.) «Queridísima Ana».

JORGE. (Dictando.) «La adoro á usted con locura».

CARLOS. ¡Hombre!

JORGE. Así, nada de preámbulos ni tonterías.

CARLOS. (Escribiendo.) «Con locura».

JORGE. La palabra *locura* subrayada. «Con ardiente pasión». *Pasión* subrayada.

CARLOS. (Escribiendo.) «Pasión subrayada».

JORGE. (Mirando lo que escribe Carlos.) Pero ¿qué haces?

CARLOS. No lo sé: ¡estoy temblando! ¡esto es muy atrevido!

JORGE. Continúa. (Dictando.) «Los dos hemos nacido el uno para el otro, y usted debe pertenecerme por toda la vida y toda la eternidad».

CARLOS. (Dejando de escribir.) ¡Imposible! eso sí que no lo pongo; yo no puedo comprometerme hasta ese punto.

JORGE. ¿Por qué?

CARLOS. Porque tengo una tía.

JORGE. ¡Valiente novedad! ¿Quién no tiene una tía?

CARLOS. Pero no una tía como la que á mí me ha tocado en suerte, que ha sido mi Providencia. Ella se encargó de mi educación desde la muerte de mi padre.

JORGE. Bueno... ¿y qué? En idéntica situación me hallo yo respecto á mi tío Francisco, capitán retirado de la Marina mercante, soltero empedernido, y que me profesa tal afecto que, como sabes, ha comprado este hotel sólo para pasar algunas temporadas á mi lado.

CARLOS. Y en cuyo hotel, con permiso de tu tío, me brindas generosa hospitalidad.

JORGE. Nada de generosa, puesto que contribuyes con tu haber mensual á nuestra subsistencia. Pero, en fin... ¿decías?...

CARLOS. Que según me anuncia de Madrid mi excelente tía, debe llegar aquí de un momento á otro.

JORGE. ¿Hoy?

CARLOS. Hoy mismo, con el único objeto de abrazarme y almorzar conmigo; y ya comprendes que antes de ligarme por siempre á una mujer, debo explorar el ánimo de mi tía.

JORGE. Lo encuentro muy razonable. Por de contado que será una señora gruesa, de cierta edad...

CARLOS. Si no la conozco ni he visto siquiera su retrato. No he tenido ni tengo otras noticias de mi tía que las que puedes leer en este periódico. (Da á Jorge un periódico.)

JORGE. (Leyendo.) «*Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa.*» Estos no son apellidos; son un cuento de hadas. (Leyendo.) «La millonaria brasileña que acaba de adquirir por una cuantiosa suma el magnífico palacio de Peñahonda, en la provincia de Avila, es una señora natural de Pontevedra, que durante su larga estancia en el Brasil, ha dado pruebas de ser un genio comercial de primer orden. Casada con un rico propietario portu-

gués, quedó, al morir éste, por dueña absoluta de todos sus tesoros.» ¡Chico!

CARLOS. Continúa.

JORGE. (Leyendo.) «El único pariente de doña Lucía, y por lo tanto su único heredero, es un sobrino que actualmente cursa en El Escorial la carrera de Ingeniero de montes.» ¡¡Tú!!

CARLOS. Yo.

JORGE. ¿Y no te desmayas?... es decir, ¿no te desmayaste al leer esto?

CARLOS. Las riquezas me halagan, pero no me subyugan; al presente sólo me subyuga...

JORGE. Sí, tu amor por Anita; y será tuya; te casarás con ella; yo te lo fío. Pero ahora lo urgente, lo principal, es preparar á tu tía un recibimiento, es decir, un almuerzo digno de sus millones. ¡Gaspar! (Llamando.)

GASPAR. (Saliendo por el foro de la derecha.) ¡Señorito!

JORGE. A escape, de parte mía á la fonda de Miranda y que preparen un almuerzo espléndido, suculento, por cuenta de mi tío ¿eh?

GASPAR. ¿Para cuántas personas?

JORGE. Para tres... no... no... para cinco personas... ¡corre!

GASPAR. ¿Dónde ha de servirse, aquí ó en la fonda?

JORGE. Aquí, que lo traigan inmediatamente... ¡Ah! ¿Cómo andamos de Champagne?

GASPAR Creo que hay cuatro botellas.

JORGE. ¿Cómo cuatro?... Ayer había seis, y yo no he bebido.

CARLOS. Ni yo.

JORGE. Este granuja se bebe nuestro Champagne.

GASPAR. Señorito, le juro...

JORGE. No jures y despacha.

GASPAR. Aquí están las cuatro botellas. (Mostrando las que hay debajo de la mesa.)

JORGE. Y procura adornar esta habitación y que la mesa resulte digna de nuestra ilustre huésped.

GASPAR. Pero ¿qué adornos he de poner, si nada tenemos, y además no hay tiempo?

JORGE. Que te los presten en la fonda.

GASPAR. Sí... sí... pero...

JORGE. No me repliques; ve volando.

GASPAR. (Aparte.) Una orgía, y á fin de curso... ¡valientes notas vamos á sacar. (Vase por el foro de la derecha.)

CARLOS. ¿Para quiénes son los cinco cubiertos que has pedido?

JORGE. Para tu tía y nosotros.

CARLOS. ¿Y los restantes?

JORGE. ¿Los restantes? Apóyate en la silla... para Carmen y Anita.

CARLOS. ¡Qué!... ¿vas á invitarlas?

JORGE. Ahora mismo.

CARLOS. ¿Personalmente?

JORGE. No; estas invitaciones se hacen siempre por escrito.

CARLOS. ¿Y crees que aceptarán?

JORGE. Vamos á verlo.

CARLOS. ¡Ay, Jorge, si vinieran! Pero no... no lo espero. ¡Dos jóvenes solteras y honradas aceptar un almuerzo!...

JORGE. Dispuesto en honor de tu tía, una señora respetable; además, ¿te olvidas de lo que repetidas veces he oído decir á Carmen? «La mujer que no desafía los peligros, es porque no tiene confianza en sí misma.»

CARLOS. ¡Ay! cómo me late el corazón al considerar...

JORGE. Déjate de consideraciones y de latidos y escribe: (Carlos se dispone á escribir y Jorge dicta.) «Encantadora Carmen.»

CARLOS. ¡Hombre!

JORGE. ¡Ay! es verdad, (Dictando.) «Encantadoras señoritas. ¿Serán ustedes tan amables que nos concedan el honor de asistir al almuerzo con que festejamos hoy la venida de mi respetabilísima tía doña Lucía... etc., etc..., de cuyas grandezas y vida de aventuras tanto he hablado á usted? Una respuesta favorable constituirá mi mayor ventura.» Firma, y déjame sitio para escribir la postdata. (Firma Carlos: se levanta, y Jorge toma la pluma y escribe.) «Y un desaire equivaldría á firmar nuestra sentencia de muerte.» Rompe esa carta de declaración; ya es inútil.

CARLOS. Sí; tú ya das por seguro...
JORGE. ¡Gaspar! ¡Gaspar!
GASPAR. (Saliendo por el foro con dos mozos con blusas, trayendo dos macetas con grandes plantas; las dejan y vuelven á salir, trayendo otras dos, colocándolas: dos, á los lados de la puerta del foro, y las otras dos en los costados de la decoración.) ¡Señorito!
JORGE. Deja eso. (Por las plantas.) ¿Avisaste á la fonda?
GASPAR. Sí, señor.
JORGE. Oye; vas á llevar esta carta á las señoritas.
GASPAR. (Aparte.) ¡Anda, morena!
JORGE. ¿Cómo?
GASPAR. Que ya sé de qué señoritas se trata. (Vase.)

ESCENA III

JORGE y CARLOS

JORGE. Conque ten mucha cordura, y por atender á Anita no vayas á pecar de descortés é ingrato con tu buena tía.
CARLOS. ¿Eh?
JORGE. Sí, señor; hoy por hoy, lo primero es tu tía.
CARLOS. Pero ¿y tú?
JORGE. Yo no soy su sobrino.
CARLOS. De modo, que mientras tú te dedicas sólo á Carmen, yo... ¡adiós mis ilusiones!
JORGE. Pues no hay remedio.
CARLOS. Sí le hay; ó sobra mi tía, ó falta un acompañante.
JORGE. ¿Un acompañante?... ¡Ya di con él!... Telesforo...
CARLOS. ¿El ciclista?...
JORGE. Sí, y el cómico; porque se pasa la vida entre la bicicleta y los bastidores.
CARLOS. Es un buen aficionado.
JORGE. Y un mal estudiante.
CARLOS. ¿Pero no estaba en Madrid?
JORGE. Ya ha regresado; le he visto llegar; ha batido hoy el record Madrid-Escorial, y ahora se halla en su casa

celebrando su triunfo con otros compañeros de pedal. Vamos á buscarle.

CARLOS. ¿Y tú crees que se prestará?

JORGE. Ya le convenceremos. Es tan buen amigo como débil de carácter; lo esencial es traerlo aquí, y una vez en nuestro poder, le secuestramos. Anda... (Invitándole á salir.) es ahí... al lado... en cinco minutos. (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA IV

TELESFORO con traje de ciclista saltando por la ventana de la izquierda con una maleta en la mano.

TELESF. ¡Nadie!.. ¡respiro!... ¡ahora estarán en clase, de seguro, y el criado en el café, como siempre, jugando al dominó! Cualquiera que me viera saltar con esta maleta por una ventana, me tomaría por un ratero, y efectivamente lo soy; ratero de Champagne. Jorge y Carlos son ricos y tienen siempre repleta su bodega; yo soy pobre, y no puedo permitirme ciertos lujos, lo que no quita para que tenga también mis compromisos. Seis botellas de la *Viuda de Clicot* les llevo robadas en dos asaltos. Salgo por la puerta trasera de mi casa; escalo dos tapias pequeñas y... zás... me cuelo en sus dominios. (Registra con la mirada la habitación y ve las cuatro botellas debajo de la mesa.) Aquí veo cuatro botellas... ¡Hijos míos, perdonad por Dios! (Coge las cuatro botellas y las guarda en la maleta.) El pobre criado cargará con el mochuelo. (Entran los camareros de la fonda por el foro de la derecha, y empiezan á poner la mesa que ha servido de escritorio.) ¡Demonio! ¡Los camareros de la fonda de Miranda! ¡Serenidad! ¡Que no conozcan que no soy de casa! (A los criados.) Vais á poner la mesa, ¿eh? ¡Perfectamente! (Por lo visto se va á celebrar aquí una fiesta en toda regla; ¡y nada me habían dicho! ¡ah pérfidos! pero me vengaré; es decir, ¡ya me he vengado! (Dis-

poniéndose á salir con la maleta donde ha puesto las cuatro botellas de Champagne.) ¿Y por qué salir por la ventana? No, señor; por la puerta, y muy tranquilo.)

JORGE. (Que viene por el foro de la izquierda acompañado de Carlos, dice al ver á Telesforo:) ¡Hombre, si está aquí!

TELESF. *¡Tableau!*

ESCENA V

TELESFORO, JORGE y CARLOS

Los mozos siguen poniendo la mesa.

JORGE. ¡Querido Telesforo!

CARLOS. Venimos de tu casa.

JORGE. Y por lo visto, nos hemos cruzado en el camino.

TELESF. No; yo he venido por otra puerta.

JORGE. ¿Cómo?

TELESF. Nada. ¿Qué tal me encontráis con mi traje de ciclista?

JORGE. Como siempre. *¡Charmantte!*

TELESF. Hoy lo estreno.

JORGE. Esas medias á cuadros son irresistibles. Estás elegantísimo.

TELESF. ¡Gracias! Eso sólo quería saber. Adiós.

JORGE. ¡Cá! tú no te vas; almuerzas con nosotros.

TELESF. Imposible; me esperan mis compañeros de pedal.

JORGE. Que esperen; antes que el compañerismo está la verdadera amistad.

TELESF. Mira, Jorge, no abuses de mi carácter débil y del dominio que ejerces sobre mí. Volveré más tarde. ¡Adiós!

CARLOS. ¿No te dicen nada estos preliminares? (Por la mesa.)

JORGE. ¿No despiertan tu apetito y tu curiosidad?

TELESF. ¡Veo que se trata de un gran festín!

JORGE. En honor de la tía de Carlos...

CARLOS. Que debe llegar de un instante á otro.

TELESF. Y como yo no la conozco...

CARLOS. Es que ella tendrá mucho gusto en conocer á un joven de tus prendas.

JORGE. Y de tu reputación.
TELESF. ¿De mi reputación?
JORGE. ¡Digo! .. ¡El campeón de España!
TELESF. Tanto como de España... (Con modestia cómica.)
CARLOS. (Pretende coger la maleta que durante el diálogo ha tenido Telesforo en la mano.) Deja la maleta.
TELESF. ¡Eso nunca!...
JORGE. ¿No?
TELESF. (Forcejeando con Carlos.) ¡Por Dios, que se van á romper!
JORGE. ¿Eh?
TELESF. Que se va á romper.
JORGE. Pierde cuidado. (Se ha apoderado de la maleta.)
CARLOS. Pues sí; se trata de mi tía, y necesito contarte...
TELESF. No; á mí, no; á ella.
CARLOS. ¿Cómo?
TELESF. Que se lo cuentes á tu tía.
JORGE. Te advierto que es una señora viuda.
CARLOS. Y millonaria.
TELESF. ¿Eh?
CARLOS. Y encantadora.
JORGE. ¡Y tan encantadora! Como que se llama doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa.
TELESF. ¡Ya!
CARLOS. Una señora anciana simpática.
TELESF. ¿Una vieja?... Me lo figuré... ¡Hasta luego! (Pausa: da un paso como para marcharse.) A mí sólo me gustan las jóvenes.
JORGE. También asistirán al almuerzo.
TELESF. ¿Mujeres jóvenes?
JORGE. ¡Y tan jóvenes!
TELESF. ¿Bonitas?
CARLOS. ¡Y tan bonitas!
TELESF. Eso es otra cosa. ¿Y cuántas?
CARLOS. Dos.
TELESF. ¡Ah! ¡vamos, comprendo! Una para cada uno de vosotros, y para mí la vieja. ¡Adiós! (Quiere marcharse y le detienen.)

JORGE. Espera: los dos estamos enamorados.

TELESF. Ya lo sé, de las dos pupilas del ex-agente de Bolsa. ¿Y queréis casaros?

JORGE. ¡Naturalmente!

CARLOS. Pero aún no nos hemos declarado á ellas.

TELESF. ¡Ya!... ¿Y pretendéis que me declare yo por vosotros?

JORGE. No; eso correrá por nuestra cuenta, mientras tú te ocupas de la tía.

TELESF. ¡Bonito papel!

JORGE. ¿Serás capaz de negarte?

TELESF. ¡Ya lo creo!

CARLOS. ¡Ah! ¡no tienes corazón ni sabes lo que es estar perdidamente enamorado!

TELESF. ¿Que no lo sé? Hombre, precisamente me has tocado un punto...

JORGE. ¡Se queda! ¡se queda! (Muy gozoso.)

TELESF. (Con algo de gravedad cómica.) ¡Miradme bien! ¿No adivináis en mi rostro el melancólico estado de mi alma? ¿Por qué creeis que me he lanzado á esta vida de crápula y de locura? ¿Por qué no abro un libro hace seis meses?

CARLOS. Por holgazán.

TELESF. ¡Oh! porque estoy obsesionado por el recuerdo de una mujer. Soy el romántico más melenudo que puede concebirse. Busco la soledad, y los paseos á la luz de la luna son mi delicia: el canto del ruiseñor es el único que suena agradablemente en mis oídos. Hago versos durante el día y no puedo dormir durante la noche: en mi desesperación me entregué á la bebida; pero la bebida no me prueba.

JORGE. Lo suponemos.

TELESF. Me lancé á la bicicleta... ¡Nada! ¡no consigo curarme!

JORGE. ¡Pobre Telesforo!

CARLOS. Estás perdido.

TELESF. ¡Os lo contaré todo!

JORGE. Sí: la historia debe ser muy interesante.

CARLOS. (Aparte á Jorge.) (Mira que el tiempo apremia.)

JORGE. (Lo mismo á Carlos.) (Déjame.)

TELESF. ¿Recordáis que en los exámenes del último curso salí reprobado.

JORGE. }
CARLOS. } ¡Já!... ¡já!

TELESF. No, no es cosa de risa; (Con seriedad cómica.) nadie puede decir: «este curso le aprobaré».

LOS DOS. Es verdad.

TELESF. Pues bien; para castigar mi holgazanería decidí abandonar los libros temporalmente.

JORGE. ¡Gran decisión!

TELESF. Emprendí un viaje á Francia, estuve en París un par de meses, y por último, *recalé* en Biarritz, donde trabé amistad con un compatriota nuestro que se encontraba en una situación apuradísima.

JORGE. ¿Conspiraba?

TELESF. Jugaba.

JORGE. Es lo mismo.

TELESF. La ruleta le tenía arruinado; reducido á la miseria á él y á su bellísima hija.

JORGE. ¡Ya!

TELESF. Iba á hacerle la tertulia todas las noches.

CARLOS. Es claro.

TELESF. Yo inventaba juegos ingeniosos; pero al coronel sólo le distraían los juegos de cartas... jugábamos á la *brisca*... al *tute*...

JORGE. Y al *monte* alguna que otra vez...

TELESF. Por distraerle. (Con seriedad cómica.)

JORGE. ¿Resultados?

TELESF. Que el infeliz murió el poco tiempo.

JORGE. ¿Y qué ha sido de su bellísima hija?

TELESF. No lo sé, y ahí tienes la explicación de mi locura. La perdí de vista sin haberla declarado mi amor. Sólo he conseguido averiguar que la recogió una rica señora americana.

JORGE. ¡Hombre... lance sería!...

ESCENA VI

DICHOS; GASPAR, con una carta.

JORGE. ¿Traes la respuesta? (Adelantándose al encuentro de Gaspar.)
GASPAR. Aquí está. (Entregándole la carta.)
LOS DOS. ¡Dame!... ¡dame! (Con ansiedad.)
TELESF. ¿Quién os escribe?
JORGE. (A Telesforo.) No seas indiscreto.
CARLOS. A ver... á ver...
JORGE. (Leyendo.) «Aceptamos con mucho gusto.» ¡Aceptan!
CARLOS. ¡Aceptan!... ¡vendrán!... ¡La veré dentro de un instante!
TELESF. Vaya, yo me marcho.
JORGE. (Deteniéndole.) Ahora menos que nunca.
TELESF. Pero ¿y mis compañeros de pedal?
JORGE. Gaspar irá á decirles que estás indispuesto.
TELESF. Además, tengo ensayo á la una de la comedia que representaremos el jueves, y quiero probarme mi traje de característica, porque ya sabéis que ese es mi fuerte; las características.
JORGE. ¿Dónde tienes el traje?
TELESF. En mi casa; sobre mi cama, en un cesto.
JORGE. Gaspar, tráetele.
GASPAR. En seguida. (Vase.)
TELESF. Pero...
JORGE. Que no te soltamos.
TELESF. ¿Y decididamente tengo que dedicarme á la vieja?
JORGE. Decididamente.
TELESF. ¿Y con este uniforme? (Por su traje de ciclista.)
JORGE. Ya te he dicho que resultas *Charmantte*.
TELESF. Si á lo menos me pagáseis el favor ayudándome á buscar á mi...
JORGE. La buscaremos y la encontraremos; yo te lo aseguro.
CARLOS. ¿No dices que la recogió una rica señora americana?
TELESF. Sí.

JORGE. Pues esa señora es la tía de éste; me lo da el corazón; mira tú por donde vas á cobrarte con creces el favor que nos haces.

TELESF. ¡Si Dios quisiera!...

JORGE. Bebamos á la salud... ¿Cómo se llama?

TELESF. ¡Ay!... Irene.

JORGE. A la salud de Irene de Barranquilla, porque ya puedes considerarla tu mujer; respondo de ello.

TELESF. (A Jorge y Carlos.) Habéis conseguido reverdecer mis esperanzas.

GASPAR. (Entrando por el foro de la derecha con una escusabaraja pequeña y dentro una prenda de señora.) Aquí está la cesta.

TELESF. Gracias, Gaspar. Aguarda; voy á pagarte el viaje. (A Jorge.) ¿Quieres prestarme un duro?

JORGE. No le tengo aquí. Carlos, dame un duro.

CARLOS. (A Gaspar.) Préstame un duro, Gaspar.

GASPAR. Ahí va. (Dándole un duro á Carlos.)

CARLOS. Toma, Jorge. (Le da el duro.)

JORGE. (Dándole el duro á Telesforo.) Toma.

TELESF. (Entregando el duro á Gaspar.) Para tí.

GASPAR. Muchas gracias. (De todos modos me he ganado un duro.) (Vase por el foro de la derecha.)

JORGE. (Mirando el traje que está en el cesto.) Hombre no es feo el traje de característica.

CARLOS. ¿A ver?

TELESF. No lo permito; me lo probaré, y juzgaréis mejor así. (Se dispone á salir llevándose el cesto.)

JORGE. Pues anda pronto, que van á llegar nuestras futuras.

TELESF. En dos minutos... (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII

JORGE, CARLOS, ANA y CARMEN; después, TELESFORO y GASPAR

ANA. (Desde dentro.) Por aquí, ¿no es verdad?

JORGE. ¡Ahí están! ¡Son ellas... ellas!...

CARLOS. ¡Ay, Jorge!
JORGE. Te siguen los latidos, ya lo sé.
CARLOS. Pero ¿y mi tía, que no ha venido aún?
JORGE. Calla. (Salen al encuentro de Ana y Carmen, que vienen por el foro de la derecha.) ¡Oh! ¡señoritas! tenemos una verdadera honra en besar sus lindísimas manos y en ponernos á sus pies.
CARLOS. Sí, en efecto.
ANA. Gracias.
CARLOS. Son ustedes muy amables.
JORGE. Mi amigo y yo no sabemos cómo expresar á ustedes nuestra... nuestra gratitud por esta prueba de amor... de... de cariñosa amistad.
ANA. Era tan tentadora la invitación de ustedes...
CARMEN. Me parece que hemos venido muy pronto.
JORGE. No; muy al contrario; ¡estábamos ya tan impacientes!...
CARLOS. Mi tía llegará de un instante á otro.
CARMEN. ¿Eh?
JORGE. (A Carlos.) ¡Torpe! (A las señoritas.) ¡Nada!
TELESF. (Con falda. Al salir ve á Carmen y á Ana y se oculta.) ¡Oye, Jorge!... ¡¡Uy!!
CARMEN. (Mirando la habitación.) Pero ¡qué precioso está todo esto!
ANA. ¡Qué bonitas plantas!
CARMEN. ¡Qué espléndida mesa!
JORGE. ¡Oh!... ¡Pues si nuestros medios llegaran donde nuestra voluntad!
ANA. (A Carlos.) Lo cierto es que su señora tía de usted merece tales agasajos.
JORGE. No; la tía de Carlos no merece nada.
CARMEN. ¿Cómo no?
JORGE. Quiero decir que Carlos no gasta cumplimientos con su tía... Ustedes... ustedes son las que... (Se alejan al foro Carmen y Jorge.)
CARLOS. (A Ana.) ¡Oh, señorita! Si usted pudiera comprender la emoción que en este instante...
ANA. Diga usted...

CARLOS. Nada, no me atrevo. ¿Es verdad que se marchan ustedes?

ANA. A Santander, sí, señor. Mi tutor es una especie de hombre de las selvas; sólo se encuentra bien en aquellas montañas.

CARLOS. ¡Cuánto mejor no es vivir aquí!

ANA. Ya lo creo.

CARLOS. Al fin este es un sitio Real, próximo á Madrid. ¿Le gusta á usted mucho la corte?

ANA. ¡Oh! según quien me la haga. (Con disimulada coquetería.)

JORGE. (A Carmen. Se aproximan al primer término de la derecha.) ¡El baile de la otra noche en la quinta del General no se borrará nunca de mi memoria!

CARMEN. ¿De veras?

JORGE. Aquel misterioso paseo bajo la bóveda de espeso follaje; la confidente de los enamorados suspendida como inmensa lámpara de la bóveda celestial; los jazmines y plantas trepadoras sirviendo de bóveda á... (¡nada, que no salgo del subterráneo!)

CARMEN. ¡Qué poético se ha vuelto usted, amigo mío!

JORGE. En presencia de usted, ¿quién no se siente romántico hasta la locura?

«Poesía eres tú»

como dijo... el otro.

CARMEN. Gracias; pero procure usted que mi tutor no se entere de que me dice usted todas esas cosas, porque me lleva ó me esconde donde no vuelva usted á verme más.

JORGE. ¿Tan antipático le soy?

CARMEN. Usted y todos los jóvenes que á nosotras se acercan. La palabra boda le horroriza.

JORGE. Comprendido. (Se alejan.)

ANA. (A Carlos: el mismo juego.) ¡Pero cuánto tarda en salir su señora tía!

CARLOS. Si ya dije que aún no ha venido: llegará, llegará en el próximo tren.

JORGE. (Aparte, oyendo á Carlos.) (¡Nos mató!)

ANA. (A Carmen confidecialmente.) ¿Has oído, Carmen? No ha venido aún la tía de Carlos.

CARMEN. (Aparte á Ana.) ¡Oh! Entonces no podemos estar aquí un momento más... ¡Qué vergüenza! (Dirigiéndose á Carlos y Jorge.) Vamos á dar unas órdenes á nuestras doncellas... con la prisa nos habíamos olvidado...

JORGE. (Aparte á Carlos.) ¿Lo ves? (A Carmen y Ana.) Pero supongo que no serán ustedes tan crueles que tomen por pretexto la ausencia de la tía para escaparse y...

CARMEN. Volveremos; empeñamos nuestra palabra.

JORGE. ¡De ese modo!... Carlos va á marchar inmediatamente á la estación, y...

CARMEN. (Despidiéndose y subiendo á la puerta por donde entraron.) Sí... sí... hasta ahora mismo... Volveremos... palabra que volveremos. (Vanse. Carlos y Jorge las acompañan hasta la puerta; se detienen un momento hasta que se supone que las pierden de vista, *haciendo* muchos saludos. Vuelven al proscenio algo precipitados.)

JORGE. Y si por culpa tuya no vuelven... No pierdas un momento... á la estación... (Empujándole para que se marche.) y no te me presentes sin tu tía.

CARLOS. (Saliendo precipitadamente.) A escape.

TELESF. (Asomándose á la primera puerta de la derecha, en cuya habitación se habrá vestido de mujer.) ¿Estás solo, Jorge?

JORGE. Sí.

TELESF. ¿Tienes por ahí unas cuantas horquillas?

JORGE. ¿Yo horquillas? ¿Por quién me tomas?

TELESF. Pues da una voz á Gaspar.

JORGE. (Llamando.) ¡Gaspar!

GASPAR. (Entrando.) ¡Señorito!

TELESF. (A Gaspar, desde la puerta.) ¿Quieres ir á comprarme cuatro horquillas de concha para el pelo? Dale dos pesetas, Jorge.

JORGE. Si ya sabes que no tengo.

TELESF. Prestámelas tú, Gaspar. No olvides que antes te he regalado un duro.

GASPAR. Sí, sí; muchas gracias. (Sale.)

ESCENA VIII

JORGE y DON FRANCISCO

Al salir Gaspar se oye la voz de don Francisco y anuncia.

GASPAR. ¡El señor!

FRANC. (Con una maleta en la mano por el foro de la derecha.) ¡Jorge! ¡Mi querido sobrino! (A Gaspar.) Pon por ahí esa maleta. (Se la lleva por la primera de la izquierda y vase por el foro de la derecha.)

JORGE. (¡Mi tío!... ¡esto se complica!)

FRANC. ¿Cómo estás? (Abrazándole.)

JORGE. Perfectamente, mi querido tío. ¿De dónde viene usted?

FRANC. De Madrid: tengo que hablarte de asuntos muy serios; pero antes voy á entregarte tu pensión mensual.

JORGE. ¡Gracias! Crea usted que no le pagaré nunca...

FRANC. Ya lo sé. (Dándole dinero.) Ahí tienes tu dinero... estas (Dándole unas facturas.) son las cuentas que has hecho en la fonda de Miranda, y que acabo de pagar por tí.

JORGE. ¿Y asciènden?

FRANC. A más de mil pesetas.

JORGE. ¿Es posible?

FRANC. Puedes convencerte.

JORGE. (Examinando las cuentas.) Almuerzos.... Cenas... Champagne... ¿Me he bebido yo tanto Champagne?

FRANC. ¡Já!... ¡já! ¡buen provecho te haga! Eres un buen estudiante, y tu tío está orgulloso de tí... ¡Ah!.. ¡y según me han dicho en la fonda, hoy has encargado un suculento almuerzo! (Se sienta.)

JORGE. Sí... un compromiso... ya le explicaré á usted... (Sacando un cigarro puro y ofreciéndoselo á su tío.) ¿Quiere usted un cigarro? Habano legítimo.

FRANC. Bribón, como conoces mi flaco. (Toma el tabaco, y después de mirarle detenidamente dice:) Esta es comida cara para estudiantes.

JORGE. Pero no para tíos capitalistas.

FRANC. ¿Capitalistas?... Oye... es fuerza que nos comprimamos y hagamos economías.

JORGE. ¿Por qué?

FRANC. La muerte de mi cuñado me ha convertido en padre de una numerosa familia; he heredado sus hijos y sus deudas.

JORGE. ¿También sus deudas?

FRANC. Que por cierto son enormes; así que lo menos en un par de años...

JORGE. Eso sí que me llega al alma.

FRANC. La muerte de mi cuñado, ¿es verdad?

JORGE. Sí; sí, señor.

FRANC. ¡Bah! ¿Qué remedio? No te preocupes... Después de todo, dentro de un año tomas tu título de Ingeniero... y á Buenos Aires.

JORGE. ¿Cómo?... ¿A Buenos Aires?

FRANC. Yo te buscaré allí un buen empleo.

GASPAR. (Que viene de la calle, al dirigirse á la habitación en que está Telesforo.) Perdonen los señores.

JORGE. ¿Qué llevas ahí?

GASPAR. (Bajo á Jorge.) Las horquillas para don Telesforo.

JORGE. Me ocurre una idea luminosa.

FRANC. ¿Respecto á tu porvenir?

JORGE. Respecto á cierto enlace.

FRANC. Ya sabes que soy refractario al matrimonio.

JORGE. Escúcheme usted; el almuerzo que damos hoy es en honor de la tía de Carlos... una señora viuda y millonaria.

FRANC. ¿Y qué? Un hombre de tus prendas no debe sacrificarse por el vil metal.

JORGE. No; si no se trata de mí, sino de usted.

FRANC. ¿De mí?... ¿Casarme yo? Tú estás loco, sobrino.

JORGE. Al contrario; reflexione usted...

FRANC. Nada; no quiero molestarme en reflexionar.

JORGE. Por lo menos, asista usted al almuerzo.

FRANC. ¿En este traje?

JORGE. En cinco minutos se cambia usted de ropa... Además,

siendo usted el dueño de la casa, me parece lo más natural...

ESCENA IX

DICHOS y CARLOS

CARLOS. (Entra precipitadamente por el foro de la derecha y trae un telegrama en la mano.) ¡Jorge!... ¡Jorge!... ¡estamos perdidos! (Viendo á don Francisco.) ¿Eh?

JORGE. (Presentando á su amigo.) Mi amigo Carlos, de quien tantas veces he hablado á usted. (Se saludan.) Mi tío. (A don Francisco.) Este es el sobrino de su tía.

FRANC. Sí: ya lo supongo.

JORGE. De la viuda millonaria; siente por ella verdadera adoración.

FRANC. Me lo explico.

JORGE. (Dando prisa á su tío.) Conque no pierda usted tiempo; á cambiarse de ropa... y no olvide usted el ramito en el ojal; eso *viste* mucho, y sobre todo, rejuvenece.

FRANC. Pero si ya te he dicho que no...

JORGE. No vale negarse; ¿á qué se obliga usted sólo con conocer á la viuda?

FRANC. Ciertamente que á nada. (Carlos durante este diálogo, y después de las presentaciones, se pasea y muestra su pesadumbre é inquietud por el telegrama que tiene en la mano.)

JORGE. Pues entonces...

FRANC. En fin, ya que tanto te empeñas... (Saluda y entra en la habitación de la izquierda.)

JORGE. (Después de acompañar á su tío hasta la puerta, se vuelve á donde está Carlos, muy de prisa.) Vamos á ver... ¿qué sucede?

CARLOS. Lee este telegrama.

JORGE. (Leyendo.) «Negocios imprevistos me detienen en Madrid; espérame un día de estos.—Lucía.» ¡Oh! (Como anonadado.)

CARLOS. ¡Ya lo ves! ¡no viene!

JORGE. Pues es preciso que venga á todo trance; ponla un telegrama.

CARLOS. ¿Estás en tu juicio?

JORGE. ¿Qué hacer? Si no tenemos tía... no tenemos novias, porque al enterarse...

CARLOS. Tenemos á tu tío.

JORGE. No es igual.

CARLOS. ¿Si vistiésemos con cierta elegancia á la portera?

JORGE. ¡Bah!... la conocen... y además, es una bestia con faldas.

CARLOS. ¡Y Carmen y Ana que llegarán de un momento á otro!

TELESF. (Desde dentro.) ¡Jorge! ¡Carlos! ya podéis venir... ¿qué os parezco?

JORGE. ¿Quién?... ¡Ah! Telesforo... ¡no me acordaba! (Se aproxima á la habitación donde está Telesforo y se supone que le ve vestido.) ¿Qué quieres? ¡Cielos!... ¡sí! (Ha abierto la puerta y al ver á Telesforo vestido, viene precipitadamente á Carlos.) ¡Magnífico! ¡nos hemos salvado!

CARLOS. ¿Cómo?

JORGE. (Remolcando á Carlos hasta la puerta de la habitación de Telesforo.) Fíjate en Telesforo... y comprenderás.

CARLOS. ¿Qué vestido es ese?

JORGE. Eso no es vestido. ¡Eso es una tía!... ¡Tu tía!

CARLOS. ¿Telesforo mi tía?

ESCENA X

DICHOS y TELESFORO

TELESF. (Vestido de mujer, con cierta elegancia, con sombrero, abanico é impertinentes.) ¿Eh? ¿qué tal? ¿cómo me encontráis? (Se pasea por la escena abanicándose con cierta seriedad para no caer en lo chavacano ó grotesco.)

JORGE. (Entusiasmado.) ¡Arrebatador!... digo... ¡arrebatadora!

CARLOS. Capaz de dar un chasco al hombre más experto. (Los tres personajes están en el proscenio; pero Telesforo no deja de pasear, reuniéndose á Carlos y Jorge según el diálogo.) ¿Y esta caída de ojos? ¿y este golpe de impertinentes?

JORGE. Sí .. sí... (Muy gozoso.) Un verdadero encanto. (Se oye la campanilla en la puerta del foro.)

CARLOS. ¿Llaman? Ya están aquí.

TELESF. ¿Quiénes?

CARLOS. Carmen y Anita.

TELESF. ¡Demonio! (Pretende esconderse en seguida, y se dirige á la habitación de donde salió.)

JORGE. ¡Quieto!... (Le detienen.)

TELESF. ¿Eh?

JORGE. (Serio.) ¡Eres la tía de Carlos!

TELESF. ¿Yo?... ¿yo la tía de Carlos? ¿y por qué? ¿quieres que me maten? (Jorge y Carlos le han cogido cada uno de un brazo.) ¡Dejadme! ¡vaya una vergüenza!
(Forcejea un poco, y Jorge obliga á Telesforo á sentarse, haciendo que tome una actitud correcta. Gaspar abre la puerta y entran Carmen y Ana.)

ESCENA XI

DICHOS; CARMEN y ANA

Carlos y Jorge salen al encuentro de las señoritas.

CARMEN. ¿Llegó su señora tía? (Adelantándose al proscenio.)

JORGE. ¡Llegó felizmente!

ANA. Lo celebramos .. porque... de otro modo...

JORGE. (Presentando á Carmen y Anita, dirigiéndose á Telesforo.) Las señoritas Carmen y Anita Peñarrubia. (A las señoritas.) Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa. (Se saludan.)

TELESF. (Aparte.) ¿Yo soy todo eso? (Las señoritas, después del saludo de presentación, se han aproximado á Telesforo.) ¡Señoritas!

CARMEN. Mi hermana y yo teníamos verdaderos deseos de conocer á usted.

TELESF. ¡Gracias! ¡muchas gracias!

ANA. Si usted se digna aceptar estas flores de nuestro jardín... (Presentándole un ramito.)

TELESF. (Tomando las flores.) ¡Gracias!... ¡muchas gracias!

CARMEN. Estará usted muy cansada, ¿no es eso?

TELESF. Sí; un poco... ¡gracias! (Carlos no deja de moverse y demostrar cierto aburrimiento.)

CARMEN. Pues descanse usted, descanse.

TELESF. Igualmente.

JORGE. (Que antes se ha colocado á su lado.) ¡Ejem!... ¡ejem!...

TELESF. (Aparte y bajo á Jorge.) ¿Qué hago yo con estas flores?

JORGE. (Lo mismo á Telesforo.) Póntelas en el pecho.

TELESF. (Lo mismo.) Se me olvidó de figurarle.

ANA. (Fijándose en Carlos y notando algo extraño en él.) ¿Qué le pasa á usted, amigo Carlos? ¿no se halla usted bien?

CARLOS. ¡Perfectamente, señorita! Sólo que abrigo ciertos temores...

JORGE. (Se interpone entre Carlos y Ana.) El pobre está conmovido... y no es de extrañar...

ANA. ¿Acaso su tía?...

JORGE. Justo; su tía, á quien ve hoy por vez primera. (Aparte á Telesforo.) ¡Pero, estúpido... habla de algo!... (Le da un pellizco.)

TELESF. (Bajo á Jorge.) ¿Y de qué voy á hablar?

JORGE. (Lo mismo.) Del tiempo.

TELESF. Hace un tiempo hermosísimo.

CARMEN. ¡Oh, sí; delicioso!

(Carlos y Jorge procuran no retirarse mucho de Telesforo. Jorge sobre todo, deberá estar casi constantemente á su lado sin separarse por eso del juego escénico ni olvidar lo que indica el diálogo.)

TELESF. ¡En buen berengenal me habéis metido! (Se le caen las flores.)

ANA. ¿Le molestan á usted las flores? Permítame usted... las pondré en agua... (Las pone en un vaso que habrá en la mesa de la izquierda.)

CARMEN. ¿De modo que la variación de clima no le ha sentado á usted mal?

TELESF. No; estoy bien sentada... digo... el clima... (Bajo á Jorge, que está á su lado.) ¿Por qué me pregunta eso?

JORGE. Porque eres americana.

TELESF. (Como contestando á Carmen.) ¡Ah!... sí... me gusta mucho este clima... (Bajo á Jorge.) ¿Cómo dices que me llamo?

JORGE. Doña Lucía.

TELESF. (Bajo y aparte á Jorge.) Espera; así no se me olvidará. (Escribiendo con un lápiz en el abanico.) Doña Lucía...

JORGE. (Idem.) Castello Encantado da Selva Fermosa.

TELESF. ¿Portuguesa?

JORGE. (Idem.) Española; casada con un portugués.

TELESF. (Idem.) ¿Viuda?

JORGE. (Idem.) Y millonaria.

TELESF. (Idem.) ¡Házmelo bueno! ¿Y tengo hijos?

JORGE (Idem.) No, imbécil. (Le da un pellizco.)

TELESF. (Idem.) Necesito enterarme... Bien... ya estoy enterado. (Alto, dirigiéndose á Carmen.) Pues... sí.. hace un tiempo hermosísimo.

CARMEN. (A Carlos.) Es muy locuaz su señora tía.

TELESF. (Bajo á Jorge.) ¿Las invito á dar un paseo por el jardín?

JORGE. (Idem.) ¡Quieto!... eso es cuenta nuestra.

CARMEN. (A Telesforo.) Cuando haya descansado de su viaje tendremos mucho gusto en acompañar á usted á visitar el célebre Monasterio.

TELESF. No, si le conozco.

CARMEN. ¿Eh?

JORGE. ¡Ejem! ¡Ejem!

TELESF. Le conozco de oídas y por las descripciones... ¿quién no conoce á Felipe II?

CARMEN. ¡Visitaremos su silla, el Panteón de los Reyes, la Casita de Abajo!

TELESF. (Aparte.) Y la de arriba... arriba y abajo... ¡Qué jóvenes tan lindas y qué placer siento!... (Jorge le da un puñetazo.)

ANA. Y esté usted segura de que no ha sembrado en terreno erial sus favores, porque Carlos le está agradecidísimo, ¿verdad?

TELESF. ¡Oh! ¡un ángel!... el retrato de mi difunto hermano...

CARLOS. Hermana. (Bajo á Telesforo.)

TELESF. Hermana... de mi difunta hermana. ¿Cómo era posible que yo abandonase á su única hija?

CARLOS. ¡Hijo!... (Bajo á Telesforo.)

TELESF. ¡Hijo... á su único hijo!

ANA. Naturalmente. ¿Qué sería de ese pobre joven sin la protección de su excelente tía? Por mi parte, ¿á qué ocultárselo? yo la profeso á usted verdadero cariño.

TELESF. Cuando me trate usted más íntimamente... (A Carlos, que le ha dado un puñetazo) ¿Quieres no dar tan fuerte?

ANA. ¡Veo en usted casi una madre!.. ¿Me permite usted que la dé un beso? (Se levanta para darle un beso. Suena la campanilla.)

CARLOS. (Interponiéndose.) No... no; viene gente... (¡Bribón... granuja!)

TELESF. (No me desagrada mi papel.) (Gaspar entra muy deprisa y azorado, y al verle Jorge le pregunta:)

JORGE. ¿Qué hay, Gaspar?

GASPAR. Don Servando, el tutor de estas señoritas, se empeña en entrar.

CARLOS. ¡Dios mío!

ANA. ¡Ay, Virgen!

CARMEN. ¡Despídale usted! ¡va á armar un escándalo horrible!

CARLOS. Pero ¿no estaba en Madrid?

JORGE. (Indicando la puerta de la derecha, por donde desaparecen las jóvenes. Confusión. Telesforo también pretende esconderse; pero Jorge y Carlos le obligan á quedarse.) No... tú no te vas... tú tienes que recibirle; siéntate.

TELESF. ¿Pero qué le digo?

JORGE. Lo que tú quieras. Lo esencial es que nos libres de él. (Vanse Jorge y Carlos por la primera puerta de la derecha.)

TELESF. Esto ya no me gusta.

ESCENA XII

TELESFORO y DON SERVANDO

SERV. (Entra por el foro de la derecha con un quitasol y el sombrero puesto, precipitadamente.) ¿Dónde están estas señoritas, sin pizca de reflexión ni delicadeza? (Nota la presencia de Telesforo.) ¡Ah!

TELESF. ¿Qué desea usted?

SERV. Carlos... ¿dónde está Carlos?

TELESF. Ante todo, repórtese usted y no olvide que se halla delante de una señora.

SERV. No lo olvido.

TELESF. Sí lo olvida... quítese usted el sombrero.

SERV. ¡Es verdad! (Se quita el sombrero y se sienta.)

TELESF. No sé quién le ha dado permiso para sentarse: ¿no estoy yo de pie?

SERV. Perdóneme usted; necesito hablar en seguida con Carlos.

TELESF. ¿Lo ve usted aquí?

SERV. No.

TELESF. Pues entonces...

SERV. Vengo á buscar á mis dos pupilas.

TELESF. ¿Tiene usted casa de huéspedes?

SERV. Nada de bromas; se trata de dos señoritas.

TELESF. Aquí no hay más señorita que yo, caballero.

SERV. La portera las ha visto entrar.

TELESF. ¿Y no las ha visto salir? ¿No puede equivocarse la portera?

SERV. No.

TELESF. ¿Y me equivoco yo?

SERV. Concluyamos. ¿Dónde están?

TELESF. En su casa probablemente.

SERV. ¡Vengo de allí!... ¡Oh!... ¡Las buscaré! Yo daré con ellas... y las aseguro... (Gritando.)

TELESF. ¡Ay! ¡No grite usted así, que me ataca los nervios! (Don Servando ha cogido el sombrero, se le pone y se levanta para marcharse.) ¡Y dale con cubrirse!... ¡Descortés! (Le pega con el abanico y se lo tira.)

SERVAN. ¡No sé lo que hago! ¡estoy frenético!.. ¡loco! ¡Si las pillo!... (Vase por el foro de la derecha furiosamente después de recoger el sombrero.)

ESCENA XIII

TELESFORO, ANA, CARMEN, JORGE y CARLOS. Después, DON FRANCISCO por la primera de la izquierda, y GASPAR por la segunda de la derecha.

Ana, Carmen, Jorge y Carlos van saliendo con cierta precaución.

JORGE. ¿Se marchó? (Timbre en la primera izquierda.)

CARLOS. ¡Adentro!... ¡adentro!...

JORGE. No hay que asustarse; es mi tío Francisco que acaba de llegar y nos acompaña á la mesa. (Se aproxima á Telesforo y le dice bajo y aparte:) A ver cómo te portas con él.

TELESF. (Bajo á Jorge.) ¿Con quién? ¿Somos parientes?

JORGE. (Bajo.) ¿Pero no has comprendido aún?... Eres la tía de Carlos... del Brasil.

TELESF. Sí... no me acordaba.

FRANC. (Entra vestido como de sociedad con un bouquet en el ojal de la levita.) ¡Señores!... ¡señoritas!...

CARLOS. (Presentando á don Francisco.) Don Francisco Redondela... Doña Lucía Castello...

TELESF. Encantado da Selva Formosa, recién venida del Brasil; servidora de usted.

FRANC. (A Jorge, bajo y aparte.) ¿Esta es aquella proporción?

JORGE. (Bajo á don Francisco.) ¿No le agrada á usted?

FRANC. (Idem.) Hombre; ¡la verdad!

JORGE. (Bajo.) Dile algo á mi tío. (A Telesforo.)

TELESF. Mi sobrino Carlos me ha contado tantas cosas de usted... (Jorge le da un puñetazo.)

FRANC. Si hace un instante me ha visto por la primera vez.

JORGE. Se engaña usted, querido tío; Carlos le conoce á usted perfectamente, porque yo le he hecho el retrato de usted diferentes veces con una fidelidad fotográfica de primer orden.

FRANC. (Aparte á Jorge.) ¿De veras pretendías casarme con esta mujer?

CARLOS. ¡Señores, á la mesa! (Ha llamado á Gaspar, y entre los dos colocan la mesa en el centro de la escena.)

FRANC. ¿Me concede usted el honor?... (Le da el brazo y le lleva hasta la mesa.)

TELESF. ¡Gracias! ¡Es usted muy amable! (Todos se sientan; pausa; uno de los mozos saca una fuente con ostras.)

FRANC. ¿De modo, señora, que usted ha corrido mucho?

TELESF. ¡Mucho! He batido el record... (Jorge le da un puñetazo.) á los principales viajeros.

JORGE. ¿Ostras?

ANA. Me gustan mucho.

JORGE. ¿Pimienta?

ANA. No; ¿para qué?

CARLOS. ¿No le encanta á usted este almuerzo de familia? (A Ana.)

ANA. (A su hermana) ¿De familia?... ¿Oyes, Carmen? ¡Já, já!

TELESF. (Fijándose en el ramo que tiene en el ojal don Francisco.) ¡Qué bouquet tan precioso!

FRANC. ¿Me permite usted ofrecérselo? (Se lo da.)

TELESF. ¡Gracias! Lo pondré en mi álbum.

CARLOS. ¡Gaspar!... ¡Jerez!

ANA. Yo preferiría un vaso de agua.

JORGE. ¿Agua con las ostras?... ¡Champagne!... ¡Champagne á pasto; trae Champagne! (A Gaspar.)

GASPAR. (A Jorge.) ¿Dónde están las botellas?

JORGE. ¿No las pusiste en hielo?

GASPAR. No, señor; me olvidé.

TELESF. ¿Falta alguna cosa?

JORGE. ¡El Champagne!

TELESF. ¿No parece?... Nada hay perdido; yo soy muy previsora y traigo unas cuantas botellas en mi saco de viaje... ¡Allí está!

JORGE. (Bajo y aparte á Telesforo.) ¡Ah, pillo!... ¡ya ajustaremos cuentas! (Le da un puñetazo. Gaspar saca las botellas del saco de viaje ó la maleta con rabia. Llaman á la campanilla muy fuerte.)

CARLOS. ¿Otra vez llaman?

CARMEN. / ANA. } ¡El tutor!

JORGE. ¿Pero es que ese hombre no va á dejarnos tranquilos?

ESCENA XIV

DICHOS y DON SERVANDO

SERV. (Entra precipitadamente sin quitarse el sombrero.) ¡Ah! ¡lo sospechaba! ¡aquí están!

ANA. / CARLOS. } ¡Por Dios!

JORGE. (Muy complaciente; sonriéndose.) No se asuste usted. Señor de Juncales... tengo mucho gusto...

SERV. (A Carmen y Ana.) ¿De modo que ustedes aprovechan mi ausencia para entregarse á esta vida de crápula?

JORGE. (Muy ofendido.) ¿Cómo de crápula?... ¡Señor mío!...

SERV. Yo no hablo con usted.

CARLOS. Permítame usted que le explique...

SERV. No necesito explicación.

TELESF. Pero, en fin; podremos saber...

SERV. ¡A usted no le importa, señora mía!

TELESF. ¡Y siempre con el sombrero hasta las orejas! ¡Descúbrase usted!...

SERV. Me descubriré si me da la gana.

TELESF. ¡Qué modales tan finos!

FRANC. (Con dignidad.) Le advierto á usted que está usted en mi casa y en presencia de una señora...

TELESF. Distinguidísima.

SERV. ¡De una vieja ridícula!

TELESF. ¿A mí tal insulto?... ¿á mí ridícula?

SERV. (A Carmen y Ana.) Y ustedes, síganme... en casa hablaremos... (Se dispone á salir; pero don Francisco le detiene.)

FRANC. (Muy serio.) Antes exijo que retire usted las palabras... (A Jorge.) ¿Pero quién es este bárbaro?

JORGE. (Presentándolos.) Don Servando Juncales. Don Francisco Redondela, mi tío. (Saludos.)

SERV. Usted comprenderá, caballero, que cuando un tutor se encuentra á sus pupilas fuera de su casa, comiendo mano á mano con dos jóvenes...

FRANC. Aquí no se trata de festines crapulosos, señor mío; se trata de un almuerzo de familia dispuesto en honor de la tía de Carlos.

SERV. ¿Y qué tengo yo que ver con la tía de Carlos? (Desabrido y casi groseramente.)

FRANC. ¡Cuando sepa usted quién es esta señora!... ¡Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa! (Con mucho énfasis.)

SERV. ¡Oh!... ¿Usted?... ¡Usted doña Lucía?

TELESF. Sí, caballero; yo soy... *todo eso que acaba de oir.*

SERV. (Haciendo una gran reverencia.) ¡La viuda brasileña... de que hablan tanto los periódicos! ¿La millonaria? ¡Oh, señora!... perdone usted... estoy confundido.. consternado...

JORGE. (Bajo y aparte á Telesforo.) Invítale á almorzar.

TELESF. (A Servando.) Me ha inferido usted una gran ofensa calificándome de vieja ridícula; pero una vez que solicita mi perdón...

SERV. ¡No uno; mil perdones!

TELESF. Puede usted acompañarnos á almorzar.

SERV. (Muy contento.) ¡Acepto! ¡Qué noble venganza!... Usted me honra de tal modo... Pero, de veras: ¿no me guarda rencor?

TELESF. (Dando á Servando el bouquet que antes le ofreció don Francisco.) Sean estas flores símbolo de paz entre nosotros. (Al dárselas, Servando le besa la mano.)

FRANC. (Asombrado.) ¡Y le da mi bouquet!



JORGE. Puesto que la tormenta ya ha pasado... ¡á la mesa! (Los cuatro jóvenes van á colocarse como estaban antes. Don Servando se quita el sombrero y deja el quitasol.)

FRANC. (Ofreciendo el brazo á Telesforo, que estará retirado al lado de la ventana de la izquierda.) Doña Lucía... ¿quiere usted favorecerme?...

SERV. (Por el otro lado, haciendo el mismo ofrecimiento á Telesforo.) ¿Se dignará usted aceptar?...

FRANC. (Viendo el ofrecimiento que hace Servando.) No; permítame... yo he sido el primero.

SERV. Sin embargo... yo no renuncio...

TELESF. (Con mucha amabilidad.) Pues bien; ¡los dos!... ¡acepto los dos brazos! (Da el brazo con mucha coquetería á los dos y van á la mesa. Francisco, Servando, Jorge y Carlos toman cada uno una silla, que ofrecen á Telesforo: éste vacila sin saber cuál aceptar, y los otros, creyendo cada uno que toma la silla del otro, las retiran en el momento que Telesforo va á sentarse, y se cae al suelo. Todos acuden á levantarle. Animación. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Hotel de Jorge, rodeado completamente por el jardín. Fachada á todo foro, con escalinata y un rótulo que diga: «Villa Redondela.» Sillería y velador ústico en el centro de la escena.

ESCENA PRIMERA

GASPAR y JORGE; después, CARLOS

GASPAR. ¡Esto es graciosísimo! He visto en mi vida muchas viejas ridículas; pero una vieja de la especie de don Telesforo, jamás. ¡Y pensar que estamos á fin de curso y que dentro de un año los estudiantes calaveras de hoy se convertirán en respetables Ingenieros! (Ha ido colocando sillas alrededor de una mesa.)

JORGE. (Saliendo por el tercer término de la derecha.) ¿Qué haces aquí?

GASPAR. Pedir á Dios que salgamos con bien de esta diablura.

JORGE. Gracias; pero no tienes por qué mezclarte en nuestros asúntos. Prepara el café; lo tomaremos aquí.

GASPAR. Al momento. (Vase al hotel.)

JORGE. Ese Telesforo es un bribón de siete suelas. Durante el almuerzo ha cometido mil atrocidades y ha tragado por diez; por fortuna, ninguno se ha quedado atrás.

Ahora están recorriendo el jardín, y yo he aprovechado esta circunstancia para rogar á Carmen que se extravíe y venga aquí. Creo que es ella. (Mirando á la izquierda.) No; es Carlos.

CARLOS. (Por la tercera de la izquierda.) ¡Hola!

JORGE. Véte; déjame solo; espero á Carmen.

CARLOS. Y yo á Anita.

JORGE. ¿Aquí mismo?

CARLOS. En este mismo sitio.

JORGE. Juguemos entonces á cara ó cruz quién debe dejar el campo libre. (Saca una moneda del bolsillo y la tira sobre el velador.) Cara para tí, Ana; y cruz, Carmen. (Al tirar la moneda ha visto venir á Carmen.) ¡Ah!... Ella...

CARMEN. (Por el fondo de la izquierda.) (Veremos si se decide... ¡Oh!)

JORGE. La esperaba á usted con impaciencia. (A Carlos.) (¡Vete!)

CARLOS. (Imposible; aguardo á Ana.)

ANA. (Por el fondo de la derecha.) Amigo Carlos... ya ve usted... (Viendo que no está solo.) (¡Qué fastidio!)

CARLOS. (A Anita.) Temía que se hubiera usted olvidado de su promesa...

JORGE. (¡Qué situación tan deliciosa!) Carlos, ¿has enseñado á Anita todo el jardín?... Sé galante... llévala á la estufa... y después á ver los rosales... y después á la huerta... la gustará á usted... hay legumbres de todas clases... Dentro de media hora esperamos á ustedes para el café... ¡Anda, hombre! ¡anda! (Vanse por el tercer término de la izquierda.) (A Carmen.) Y mientras ellos recorren el jardín... nosotros...

CARMEN. ¿Qué?

JORGE. Que tengo que pedirle á usted mil perdones por haber estado tan poco expresivo durante el almuerzo.

CARMEN. (Sentándose junto al velador.) No lo creo yo así.

JORGE. (Apoyando una mano en el respaldo de la silla que ocupa Carmen.) He debido dedicarme á usted por completo.

CARMEN. Hubiese sido una falta de atención á los demás invitados... En un almuerzo familiar las conversaciones deben ser generales.

JORGE. Sí... es cierto... Después... es otra cosa... (Pausa.) después... es otra cosa. (Pausa.)

CARMEN. (Levantándose.) ¡Uy! ¡qué calor hace!

JORGE. ¿Se marcha usted ya?

ESCENA II

DICHOS y DON FRANCISCO

FRANC. (Que viene por el tercer término de la derecha.) ¿Estorbo?

JORGE. (Bajo y aparte á su tío.) (Yo le diría á usted que sí; pero va usted á incomodarse.)

FRANC. Es un solo momento. (Carmen da algunos pasos para marcharse.) No; no se marche usted, señorita: quiero decir sólo dos palabras á mi sobrino.

CARMEN. Ya me iba; (Mirando significativamente á Jorge y marcando mucho las palabras.) me espera mi hermana... junto á los rosales, y después deseo ver la estufa y la huerta.

JORGE. (¡Ah!... ¡Comprendo!)

CARMEN. ¡Caballero!... (Retirándose.) (Pobre Jorge... está verdaderamente enamorado. (Vase por la derecha.)

JORGE. ¿Qué tiene usted que decirme?

FRANC. Que he tomado una enérgica resolución.

JORGE. ¿Cuál?

FRANC. Tú sabes muy bien que tu tío es capaz de todo por tí.

JORGE. Lo sé.

FRANC. Y por labrar tu felicidad estoy dispuesto á saltar por todos los obstáculos y á seguir tu consejo; me casaré con una mujer rica.

JORGE. ¿Ha encontrado usted una mujer rica, simpática y joven?

FRANC. Ni joven ni simpática; pero riquísima.

JORGE. Pues, francamente, tío, le agradezco á usted mucho el sacrificio que intenta usted hacer por mí... pero eso de casarse sólo por el dinero... ¿Y quién es ella?

FRANC. La conoces mejor que yo, puesto que tú mismo me indicaste...

JORGE. ¿Yo?... No recuerdo.

FRANC. Doña Lucía Castello...

JORGE. ¡Oh!... (Asustado.) ¡Imposible!... ¡eso es imposible!... ¡Casarse usted con él... digo... con ella!... Lo repito... eso... ¡vamos!... que no puede ser, ¡ea!

FRANC. ¿Y por qué no puede ser? ¿por qué te indignas de tal modo? ¿Hay algún obstáculo insuperable?

JORGE. ¡Inmenso!

FRANC. ¿Es casada?

JORGE. No, señor; viuda... pero no puede ser... ¡vamos!

FRANC. Te advierto que mi resolución es irrevocable... y que los inconvenientes son los mejores despertadores de la pasión.

JORGE. Pero si ella le rechazara á usted...

FRANC. Al contrario: me distingue mucho y me prefiere á mi rival; ¡porque tengo un rival! ¡el señor de Juncales!

JORGE. ¿También ese *le* hace la corte? ¡María Santísima! Tío, reflexione usted...

FRANC. ¡No reflexiono nada! ¡Voy á beberme un par de copas de Champagne y me lanzo al abordaje! (Jorge quiere hablar.) ¡No; no insistas... es inútil... es inútil!... (Entra en el hotel.)

JORGE. ¡Ay! ¡esto se complica!... ¡empiezo á perder la cabeza! (Como anonadado.)

ESCENA III

JORGE; CARLOS, por la izquierda, precipitadamente. DON FRANCISCO, dentro del hotel.

CARLOS. Mira, Jorge; hay que tomar una determinación enérgica contra ese tunante de Telesforo; está abusando de su papel de una manera indigna; ha cogido á Anita del brazo y no hay medio de que la suelte.

JORGE. ¡Si fuera esa la única contrariedad!

CARLOS. ¡Ya! ¡para tí no tendrá importancia; pero para mí!... (Se oye un taponazo al descorchar una botella de Champagne.)

JORGE. ¿Oyes ese taponazo?

CARLOS. ¿Qué?
JORGE. Es mi tío Francisco que se está preparando para el abordaje.
CARLOS. ¿A quién trata de abordar?
JORGE. ¡A Telesforo! ¡¡Va á pedirle su mano!! (Consternado.)
CARLOS. ¿Su mano?
JORGE. A él no; á doña Lucía.
CARLOS. ¡Jesucristo!... ¿Y qué hacemos?
JORGE. Buscar á Telesforo y advertirle... ¿Dónde le has dejado?
CARLOS. En la huerta; pero cualquiera da con él; esto es muy grande... y además, el muy pillo huirá de nosotros.
JORGE. Pues no hay remedio; recorramos la posesión; tú por un lado y yo por otro... ¡anda!
CARLOS. ¡Le mato si no abandona su presa! (Se va Carlos por la izquierda y Jorge por la derecha.)

ESCENA IV

DON FRANCISCO, por el hotel, y JUNCALES, por la segunda de la izquierda.

FRANC. ¡Ya estoy preparado! Ya me siento capaz de desposarme hoy mismo. (Mira el reloj.) ¿Por qué no viene? Pasa cinco minutos de la hora fijada... Creo que se acerca... sí... doña Lucía... (Entra Juncales.) ¡Uf! ¡es mi rival! (Se vuelve para no verle.) ¡Viejo más estrafalario!... y siempre presumiendo con mis flores... (Pausa.) ¿Busca usted á alguna persona?
JUNCAL. No... no... (Este es el sitio que me ha indicado...) (A don Francisco.) Qué gran día, ¿eh? ¡Bien nos divertimos!
FRANC. Sí; mucho.
JUNCAL. ¿No ha recorrido usted la posesión? ¡Es hermosa!
FRANC. ¿Y me lo cuenta usted á mí?
JUNCAL. ¡Ah! sí... No recordaba que usted es el dueño...
FRANC. (Sacando un cigarrillo.) ¿Quiere usted un cigarro?
JUNCAL. Gracias, no fumo. (Saca el reloj y mira la hora.) (¿Se ha-

brá olvidado de la hora? Quedamos en que vendría ella aquí.)

FRANC. (¡Hay que alejar á este importuno! Si al menos el humo del cigarro le hiciese mal...) (Se levanta; fuma muy fuerte y echa todo el humo á Juncales en pleno rostro.) ¿Le molesta á usted el humo?

JUNCAL. No; no, señor; nada de eso. (Tose; don Francisco se sienta otra vez.) (Y se sienta nuevamente.)

FRANC. Voy á acabar aquí mi cigarro antes de volver á reunirme con las señoras; doña Lucía es muy delicada, y es natural que el humo... ahora la he dejado...

JUNCAL. ¿A doña Lucía? ¿Dónde?

FRANC. Paseando por la huerta.

JUNCAL. ¡Adiós!

FRANC. ¿Se marcha usted?

JUNCAL. Sí; á tomar el aire. (Vase rápidamente por el cuarto término de la derecha.)

FRANC. ¡Já!... ¡já!... qué paso lleva; le cacé en sus propias redes.

ESCENA V

DON FRANCISCO y JORGE

JORGE. (Por la segunda de la derecha.) Nada... No le encontramos por ninguna parte. Se le ha tragado la tierra... ¿Ha visto usted á doña Lucía?

FRANC. Aún no, desgraciadamente.

JORGE. (Dios sea loado.)

FRANC. Y me extraña, porque me dijo que la esperase aquí... á no ser que haya entendido yo mal...

JORGE. ¿No le habrá citado á usted junto á los rosales... ó en la huerta?

FRANC. Creo que no... allí acabo de mandar á ese estúpido de tutor.

JORGE. Pues no hace mucho estaba en la huerta.

FRANC. ¿Quién? (Sabresaltado.)

JORGE. Doña Lucía.

FRANC. ¡Demonio! (Vase corriendo por la tercera de la derecha.)

ESCENA VI

JORGE y CARLOS; después, TELESFORO y ANA

CARLOS. (Que viene por la izquierda.) ¿Le has encontrado?

JORGE. No.

CARLOS. ¿Pero dónde se mete ese pillastre? Te juro que en cuanto le eche la vista encima... ¡Ah, mírale!... Voy... (Los dos ven á Telesforo venir muy tranquilo por la tercera de la izquierda dando el brazo á Ana. Carlos da un paso como para salir al encuentro. Jorge le detiene.)

JORGE. ¡Calma! Que vas á descubrirlo todo...

CARLOS. ¡Y siempre del brazo!

ANA. Amigo Carlos... ¿Qué es de usted? Le esperábamos en el paseo de las lilas.

CARLOS. Para que hubiera una más, ¿no es cierto?

ANA. ¿Qué dice?

JORGE. (Bajo á Telesforo.) ¿Dónde te has llevado á Anita?... ¡Mal amigo! (Le da un puñetazo.)

TELESF. (Bajo á Jorge.) ¿Cómo mal amigo?

JORGE. (A Telesforo.) Quieto aquí; tenemos que hablar. (A Carlos, alto.) Carlos, ¿no le has enseñado á Anita los peces de colores que hay en el lago de la gruta?

TELESF. ¡Já!... ¡já!...

JORGE. ¿Qué?

TELESF. Que me río yo de los peces de colores.

ANA. ¡Ay! sí; me gustan mucho. ¿Quiere usted acompañarme, Carlos?

CARLOS. Con mil amores, señorita. (Al marcharse, dice aparte y bajo á Telesforo.) (Contigo tengo que hablar muy despacio.) (Vanse por la izquierda.)

JORGE. Ahora hablemos seriamente.

TELESF. ¿Tú también?

JORGE. ¿No te has comprometido á ayudarnos en nuestra empresa?

TELESF. ¿Y no hago todo lo posible por complaceros? ¿Qué más podéis pedirme?

JORGE. Que te dediques á distraer á los viejos.

TELESF. ¡Hombre! ¡Eso ya es abusar!

JORGE. Tú sí que abusas de nuestra paciencia, secuestrando á nuestras respectivas novias...

TELESF. Son gajes de mi edad y de mi sexo.

JORGE. Dejemos esto, y fíjate bien en lo que voy á decirte.

TELESF. Ya escucho.

JORGE. Mi tío trata de pedirte tu mano.

TELESF. ¡Ah! ¿Y por complaceros á vosotros debo casarme con tu tío?... No; hasta ahí no llego... la amistad tiene sus límites.

JORGE. No te las eches de gracioso. Rechazas su petición, pero dulcemente, mostrándote al propio tiempo reconocido.

TELESF. Reconocida, querrás decir.

JORGE. Sí; eso es, reconocida. Ponte en el caso de una verdadera señora de cierta edad, digna, respetable, discreta...

TELESF. ¿Y yo qué sé lo que contestaría una señora de cierta edad, ante una declaración semejante?

JORGE. (Mira, y se supone que ve venir á su tio.) Silencio, mi tío.

TELESF. No me dejes solo; mira que lo voy á echar á perder.

JORGE. Es preciso que le oigas. Es preciso. (Vase corriendo por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VII

TELESFORO y FRANCISCO

FRANC. (Por la tercera puerta de la derecha.) ¡Por fin! La he buscado á usted por todas partes...

TELESF. Y yo aquí tan tranquilo... digo... tan tranquila...

FRANC. Esperándome, ¿no es cierto?

TELESF. ¡No! Sí... sí... le esperaba á usted. (Don Francisco le ofrece una silla.) Gracias. (Pequeña pausa.)

FRANC. Doña Lucía, soy un antiguo capitán de la Marina mer-

cante, y gusto poco de rodeos y vacilaciones. En presencia de usted me sucede lo que al triste caminante, que al atravesar la soledad del desierto anda... y anda... y anda... hasta que por fin... (Sentándose.)

TELESF. Se sienta.

FRANC. Rendido de fatiga descubre en el oasis encantador un prado lleno de flores... y entre las flores una violeta modestísima y pudorosa.

TELESF. ¿Y esa violeta soy yo?

FRANC. ¡Sí, doña Lucía! Usted... usted... (Se ruboriza; buena señal.)

TELESF. Es usted muy amable.

FRANC. (Esta mujer tiene lo menos cincuenta años.) ¿Se imagina usted, señora, lo que el pobre caminante del desierto ambiciona con más ardiente pasión?

TELESF. Sí... Una botella de cognac.

FRANC. (Que prosaica.) No, doña Lucía; lo que ambiciona con más ardiente afán el pobre caminante que atraviesa solo el desierto de la vida es estrechar contra su pecho la adorable violeta del prado.

TELESF. ¡Ya! (Agita mucho el abanico.)

FRANC. ¡Doña Lucía! ¡basta de vacilacienes! ¿Quiere usted ser mi esposa?... ¿la violeta?... (Con resolución.)

TELESF. Del prado lleno de flores...

FRANC. ¿De mi corazón?

TELESF. (Abanicándose mucho.) No sé qué contestarle... ¡Estoy tan conmovida! No me he visto jamás en un caso como éste... ¡se lo juro!

FRANC. Pero, bien... ¿qué responde usted á mis ansias?... ¿qué puedo esperar?

TELESF. *¡Niente! ¡Lasciate ogni speranza!* (Me parece que con más dulzura...)

FRANC. (Levantándose.) ¿Cómo? ¿ni siquiera una esperanza?

TELESF. ¡Es preciso!... ¡Mi corazón no me pertenece; amo á otra... digo... á otro!

FRANC. ¿A otro? (A ese groserote de Juncales, no hay duda... ¡Oh!)

TELESF. A usted sólo puedo brindarle con un cariño fraternal.

FRANC. ¿Fraternal?

TELESF. Es el único que tengo disponible.

FRANC. ¡Qué remedio!

TELESF. Yo no soy una mujer como las demás; yo soy un caso raro de la vida.

FRANC. No hay más que resignarse. Ruego á usted que perdone mi atrevimiento...

TELESF. ¡Bah!

FRANC. Y que sumerjamos esta conversación en los mares del olvido.

TELESF. Sí; ¡sumerjámosla! Si alguna vez necesita usted de mí y quiere favorecer mi casa, le recibiré... como á un hermano.

FRANC. Tendré un verdadero honor. (Se inclina saludándola.) (Lo siento por mi sobrino; yo no he podido hacer más. (Vase al hotel.)

ESCENA VIII

TELESFORO y JORGE; después, JUNCALES

TELESF. ¡Uf! Estoy sofocado de veras; por poco suelto la carcajada.

JORGE. (Saliendo por la derecha.) Lo he escuchado todo. (Habla con violencia.) ¿Quién te manda burlarte de mi pobre tío?

TELESF. ¿Quién me lo ha mandado sino tú? ¿Has oído cómo me llamaba?

JORGE. Sí; la violeta del prado. ¿Por qué no le despediste en seguida?

TELESF. Porque he tenido que esperar á que me pida mi mano; y ya viste con qué dulzura se la negué. *Lasciate ogni speranza;* pero, en fin, si no os doy gusto en mi papel... con quitarme las faldas...

JORGE. No; ¡eso nunca! ¡todavía no!

TELESF. (Mira á la derecha y se supone que ha visto al tutor que se dirige á él.) ¡Cielos!... ¡el tutor!... ¡el otro pretendiente á mi

mano! ¡pues lo que es éste... no me pilla!... no resisto una segunda declaración. (Vase corriendo por la primera puerta de la izquierda.)

JUNCAL. (Saliendo por la tercera puerta de la derecha.) Amigo Jorge... ¿sabe usted por casualidad dónde se halla?... ¡Ah! ¡allí la veo! (Vase apresuradamente por la primera de la izquierda.)

JORGE. ¡Otro loco por doña Lucía! ¡Esta es una casa de Orates! ¿Por qué no habrá venido la verdadera tía de Carlos?... Corro en busca de mi Carmela. (Vase por la tercera puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

DOÑA LUCÍA é IRENE

LUCIA. (Por la derecha: tercer término.) Según dice el portero, en el jardín podremos encontrar á Carlos.

IRENE. Pues no se ve á nadie.

LUCIA. (Leyendo el rótulo que habrá sobre la puerta del hotel.) «Villa Redondela»... Redondela, ¡qué casualidad!... ¡Mi sobrino viviendo en un hotel que lleva semejante apellido!... no creí que...

IRENE. ¿Qué?

LUCIA. Que diera para tanto mi pensión mensual.

IRENE. Quizás Carlos no viva aquí y pase el día con algún amigo suyo.

LUCIA. A esta quinta, no obstante, nos ha encaminado el conserje de la Escuela de Ingenieros: en fin... esperemos sentadas que alguien...

IRENE. Y no debe usted molestarse por que no haya ido á la estación.

LUCIA. ¡Cierto! mía ha sido la culpa; le telegrafíe diciéndole que no me esperara hoy. Por fortuna, el negocio que me detenía se resolvió con más facilidad de la que sospechaba y decidí dar á Carlos esta sorpresa.

IRENE. ¡Qué simpática es esta población!... ¡qué aires tan puros!... ¡y qué dulce reposo debe gozarse aquí!

LUCIA. La juventud todo lo ve de color de rosa.

IRENE. Cierto; ¡y eso que mi juventud no ha podido ser más triste! Usted lo sabe bien.

LUCIA. Ya irán disipándose poco á poco las nubes que la oscurecían.

IRENE. ¿Y á quién deberé yo tanta ventura?

LUCIA. A tí, á las cualidades que te adornan y al interés que tu soledad inspira.

IRENE. A usted, que desde que murió mi padre ha sido mi Providencia: ¿qué sería de mí, huérfana y desamparada, sin una protectora como usted?

LUCIA. Protección que me reporta á mí una gran alegría. ¿Quién saca más provecho de este negocio? Yo, que casi sin afecciones ya en el mundo y dueña de cuantiosa fortuna, he encontrado en tí una hija cariñosa; ¿no es verdad?

IRENE. Sí, madre mía; ¿me permite que la dé ese nombre?

LUCIA. Sí; ese es mi único anhelo... ¡Tu madre! Y voy á empezar á usar de mis prerrogativas... Vamos á ver: ¿de dónde proceden esos miles de duros que te dejó al morir tu pobre padre? Según se decía, en Biarritz le había arruinado la ruleta.

IRENE. Es verdad; pero aunque estaba enfermo, siguió jugando hasta el último instante.

LUCIA. ¡Afición es!... ¿y con quién jugaba?

IRENE. Con un joven que conocimos allí y que por hacer compañía á mi padre...

LUCIA. ¡Ya! (Como comprendiendo todo lo que va á decir Irene.) Y ese joven ¿era rico?

IRENE. Creo que no; pero había ganado una fuerte suma en el casino.

LUCIA. Y él, por hacerse simpático á los ojos del papá y conquistar al propio tiempo el corazón de su hija...

IRENE. ¿No le parece á usted que debo buscar á ese joven y devolverle su dinero?

LUCIA. Sí, siempre que él te devuelva lo que te robó.

IRENE. ¡Qué buena es usted!

LUCIA. ¿Y dónde se encuentra?

IRENE. No lo sé; desapareció repentinamente.

LUCIA. No te querría, ó sería uno de esos hombres que no se atreven á descubrir sus sentimientos. ¡Hay tantos de su clase!...

IRENE. ¿Acaso usted también ha sido víctima?

LUCIA. ¡Es una historia muy añeja! hace muchos años, yo era joven, él muy tímido. Una noche, en un baile celebrado á bordo de una fragata en el puerto de Vigo, creí que iba á declararme su pasión; pero, ¡nada! ¡siguió callando!... partió al otro día para América en calidad de grumete y no le he vuelto á ver más.

IRENE. ¿Cómo se llamaba?

LUCIA. Francisco Redondela; el mismo apellido del dueño de esta finca. ¡Ya ves si es casualidad!

IRENE. ¡Y grande! (Leyendo el rótulo.) «Villa Redondela.»

ESCENA X

DICHAS y FRANCISCO; después, TELESFORO, JUNCALES y GASPAR

FRANC. (Por el hotel.) Servidor. ¿Buscan ustedes á mi sobrino, ó me buscan á mí?

LUCIA. ¡Oh!... ¿Usted se llama?....

FRANC. Francisco Redondela, servidor de usted.

LUCIA. ¿Francisco? (¡Es él!) (Aparte y bajo á Irene.) (Sí; el grumete de hace veinticinco años.) ¿Y usted no conoció á cierto grumete de Vigo?

FRANC. ¿Que llegó á capitán y se retiró con sus galones?... Ese soy yo.

LUCIA. ¿Y mi semblante no le recuerda á usted á una joven?...

FRANC. La verdad; no recuerdo...

LUCIA. ¡Hace veinticinco años!

FRANC. ¿Veinticinco años?...

LUCIA. (Me ha olvidado por completo.) ¿No recuerda usted un

baile celebrado á bordo de una fragata... en Vigo... el día antes de partir usted para América?

FRANC. ¡Sí... sí... ya caigo!

LUCIA. ¿Quién fué su única pareja en aquel baile?

FRANC. ¡Ah!... ¡Torpe de mí!... Lucía... usted es Lucía... perdóneme usted, señora. ¡Soy un necio! Aquella noche no debió borrarse nunca de mi memoria... ¡En fin, no estaría de Dios! pero también es casualidad que al cabo de veinticinco años... Yo, por supuesto, y en cierto modo, le he sido á usted fiel; no me he casado.

LUCIA. Yo sí.

FRANC. Lo supongo... ¿esta señorita?...

LUCIA. Es mi hija.

FRANC. ¿Y su esposo de usted?

LUCIA. Murió.

FRANC. ¿Y ha venido usted al Escorial como simple *tourista?* ¿Viajan ustedes por puro recreo? Perfetamente. Si usted me lo permite, le presentaré á mi sobrino Jorge... Hoy estamos de fiesta... Mi sobrino vive aquí, en este hotel, que es mío... es decir, de ustedes. Vive en compañía de un íntimo amigo suyo, Carlos, que hoy da un almuerzo en honor de su tía.

LUCIA. ¿De qué tía?

FRANC. De la tía de Carlos; una señora que ha venido hace poco tiemdo del Brasil. Doña *Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa*. Las presentaré á ustedes á ella.

IRENE. (Bajo á doña Lucía.) ¿Qué significa esto?

LUCIA. (Bajo á Irene.) ¡Calla!... ¿De modo que esa doña Lucía ha venido ya?

FRANC. Esta mañana; no hace diez minutos que se hallaba aquí.

LUCIA. (¿Qué enredo es este? ¿Quién usurpa mi nombre?) Tengo verdadera curiosidad por conocer esa dama brasileña.

FRANC. Pues si quiere usted, vamos en su busca; anda por ahí con los demás invitados. La presentaré á usted á todos. ¿Cómo debo nombrar á usted?

Lucia. La señora de Monforte; así se apellidaba mi difunto esposo.

Irene. Pero mamá.

Lucia. Sígueme. (Vanse por la derecha. Cuando estos han desaparecido, llegan corriendo, Telesforo por la primera de la izquierda, y al poco rato Juncales, por el mismo sitio, atraviesan la escena y desaparecen por la derecha; el primero con las faldas muy recogidas y como huyendo de Juncales para que no le vea.)

Gaspar. (Por el hotel.) ¡Calle! don Telesforo... digo... doña Lucía, jugando al escondite con el tutor... De aquí saldremos para la cárcel ó para un manicomio.

ESCENA XI

GASPAR, CARMEN y JORGE

Carmen y Jorge vienen por la izquierda muy amartelados sin ver á Gaspar.

Jorge. ¡Solos!... ¡solos!... querida Carmen.

Carmen. (Que ha visto ya á Garpar.) ¡Silencio!

Jorge. ¡Por vida!... ¿Qué haces aquí? (A Gaspar.)

Gaspar. Preparando el velador para el café.

Jorge. Lo tomaremos más tarde; vete, necesito estar solo.

Gaspar. Sí; ya me hago cargo.

Jorge. Que no te mezcles en nuestros asuntos; márchate en seguida. (Le acompaña como empujándole hasta el hotel. En este momento atraviesan la escena Telesforo seguido de Juncales por detrás del hotel y vanse por el foro de la izquierda.)

Jorge. ¡Querida Carmen!

Carmen. ¡Por fin estamos solos! Ya lo sé... me lo ha dicho usted cincuenta veces.

Jorge. ¡Si es que siempre hay algún importuno! En fin, al grano. (Se sientan junto al velador.)

Carmen. (A ver si quiere Dios...)

Jorge. Usted me cree rico, ¿no es verdad? Pues se engaña usted. Yo no tengo más porvenir que mi trabajo.

Carmen. ¡Qué remedio!... El trabajo alegra la vida.

JORGE. Trabajaré... me labraré una posición... pero es necesario empezar por el principio...

CARMEN. Naturalmente.

JORGE. Que será muy modesto.

CARMEN. Es claro.

JORGE. Mi mujer, por lo tanto, tendrá que ser en sus aspiraciones...

CARMEN. Modestísima.

JORGE. No podrá tener coche. .

CARMEN. Tendrá tranvías... ómnibus... buenos pies...

JORGE. ¿Y se acomodará á todas estas privaciones?

CARMEN. Y se dará por muy satisfecha...

JORGE. ¿Luego usted me ama, Carmen?

CARMEN. ¡Gracias á Dios que me hace usted esa pregunta... Sí, señor... sí... ¡le amo!... te amo tanto por lo menos como tú á mí.

JORGE. ¡Bendita seas!... ¡A casarnos!

CARMEN. Por mí... Pero antes es preciso arrancar el consentimiento á mi tutor; sin ese requisito...

JORGE. ¿Y lo negará?

CARMEN. ¡Quién lo duda! ¿Qué tutor no hace lo propio?

JORGE. Le rogaré.

CARMEN. Será inútil.

JORGE. Le amenazaré.

CARMEN. Peor aún.

JORGE. ¿Pues qué haremos?

CARMEN. Sólo conozco una persona á quien no negará nada.

JORGE. ¿Y es?...

CARMEN. Doña Lucía... la tía de Carlos.

JORGE. ¿Telesforo?... digo, ¿doña Lucía?... ¡pero eso es imposible! Mi porvenir en manos de... ¿Y cuando se descubra?

CARMEN. ¿Eh?

JORGE. Nada. (Esta madeja se enreda más cada vez.)

CARMEN. Déjalo á mi cargo: tú procura traerme aquí á doña Lucía mientras yo me reuno con Ana... hasta luego... futuro esposo. (Vase por el último término de la derecha.)

ESCENA XII

JORGE; CARLOS, por la izquierda, y después, TELESFORO y JUNCALES, por la izquierda, último término.

CARLOS. Jorge, ¡abrázame! Soy el más feliz de los mortales.
JORGE. Y yo el más infeliz.
CARLOS. He declarado á Anita mi pasión.
JORGE. ¿Y qué te ha contestado?
CARLOS. «¡Ya era tiempo!» ¡pero me lo ha dicho con una dulzura... y lanzándome unas miradas!... Ahora lo importante es obtener el consentimiento de su tutor.
JORGE. ¡Casi nada! ¡Cualquiera lo logra!
CARLOS. Sí; hay una persona.
JORGE. Doña Lucía; es decir, Telesforo.
CARLOS. ¿Cómo lo sabes?
JORGE. Porque también estoy yo en el mismo caso.
CARLOS. Pues la cosa es muy sencilla, con buscar á Telesforo...
JORGE. ¡Justo! Y se entera el tutor de la burla... y entonces...
CARLOS. ¡Y yo que me juzgaba ya dichoso!...
JORGE. Reflexionemos; tengamos sangre fría. (Telesforo atraviesa corriendo el escenario como el que trata de despistar al que le persigue. Juncales viene como persiguiéndole; los dos por la izquierda: registra algunos sitios y desaparece. No ha visto á Telesforo, que se ha escondido en la primera de la derecha, detrás de unos macizos de flores. Jorge le ve, deja que desaparezca Juncales y vase furioso adonde está Telesforo.) ¡Bandido! (Le trae al centro.)
CARLOS. Nos estás comprometiendo con tus fantochadas.
TELESF. ¿Con mis fantochadas? ¿Queréis que me deje seducir por ese viejo? ¡Qué persecución! Comprendo que algunas mujeres se rindan... de cansancio.
CARLOS. Tú tienes la culpa de cuanto nos sucede.
TELESF. ¿Yo?
JORGE. ¡Si tomaras en serio tu papel!
TELESF. ¿Pero cómo voy á tomar en serio esto?

CARLOS. Es indigno lo que haces.
TELESF. ¿Sí? (Comienza á despojarse.)
JORGE. ¡Valiente amigo!
CARLOS. ¡Un egoísta!
JORGE. ¿A él que le importan nuestros sufrimientos?
CARLOS. (Viendo á Telesforo cómo se desnuda.) ¡Mira! ¡Desnudándose!
JORGE. ¡Oh! (Le cogen y le obligan á vestirse.) ¿Es que quieres perdernos?
CARLOS. (Que ve venir por la derecha á Juncales.) ¡El tutor!
TELESF. (Corre abandonando la escena y se esconde en la primera de la izquierda.) ¡Uy! ¡Mi sombra! (Vase.)
JUNCAL. (Por la derecha.) Carlos, ¿por dónde anda su señora tía?
CARLOS. (Que ha salido al encuentro de Juncales) Creo que está sentada en la glorieta; allá... en el extremo del jardín.
JUNCAL. ¡Muchas gracias! (Vase corriendo por la izquierda arriba. Carlos y Jorge traen á Telesforo al centro de la escena casi arrastrando.)
TELESF. ¡Ya no puedo más! Estoy rendido.... sofocado.
JORGE. No es nuestra la culpa.
TELESF. No sé de quién es.
JORGE. ¡Del demonio!
CARLOS. Tienes que terminar tu obra.
JORGE. Es preciso que te atraigas al tutor.
TELESF. ¿También á ese? ¡Me van á tomar por una vieja ridícula y escandalosa!
CARLOS. Si no accedes se ha perdido todo.
TELESF. Os advierto que estáis abusando.
JORGE. ¡Silencio! Nuestras futuras. (Antes, y desde que sale Telesforo, después del mutis del tutor, Carlos y Jorge han puesto en orden los vestidos y adornos á Telesforo.)

ESCENA XIII

DICHOS; CARMEN y ANA, por la izquierda.

CARMEN. ¡Jorge!... Su tío y mi tutor están paseando por la huerta con dos señoras que no conocemos.

Jorge. ¿Dos señoras?

Carmen. Sí; ve á ver quiénes son. (A Telesforo.) Mi hermana y yo tenemos que hablar á usted de un asunto importantísimo. Usted es nuestro ángel salvador. (A Jorge.) Déjanos solas.

Ana. (A Carlos.) Acompaña á Jorge; déjanos con tu tía.

Telesf. Márchense ustedes tranquilos; yo me quedo aquí con las señoritas.

Los dos. Bien, bien.

Carmen. }
Ana. } ¡Hasta luego! (Carlos y Jorge se dirigen al fondo como para marcharse, pero se ocultan nada más. Telesforo, que se ha sentado en el centro de la escena ve el juego de sus amigos. Carmen y Ana, toman dos sillas y se sientan una á cada lado de Telesforo.)

Telesf. (¡Qué escamones! ¡Se quedan escondidos!) Conque sepamos lo que tenían ustedes que decirme, hijas mías... siéntense ustedes aquí... á mi lado. . cerca... muy cerca... como si fuéramos un grupo de familia.

Ana. ¿De familia?... (A Carmen.) Díselo todo... ¡es tan bondadosa!

Telesf. Sí; díganmelo ustedes todo... todo.

Carmen. Pues bien; supongo sabrá usted que el señor de Juncales es nuestro tutor.

Telesf. Lo sé.

Carmen. Pero lo que usted ignora seguramente es que nuestro buen padre dejó dicho en su testamento que si nos casábamos antes de llegar á la mayor edad sin el previo permiso de nuestro tutor, éste no nos entregaría nuestra fortuna hasta transcurrir el tiempo marcado por la ley.

Telesf. ¡Sabia resolución!

Las dos. ¿Eh?

Telesf. Que me parece una medida demasiado previsora.

Ana. ¿Por qué ha de estar una condenada á no casarse hasta los veintiún años?

Carmen. ¿Cuándo el corazón á los quince es mayor de edad?

TELESF. Como que hay corazones que á los veinte ya empiezan á encanecer.

CARMEN. Ya ve usted, yo tengo diecinueve años.

ANA. Y yo dieciocho.

CARMEN. Y hace dos años que amo á Jorge.

ANA. Y yo lo mismo.

TELESF. ¿Son ustedes rivales?

ANA. No; porque yo amo á otro.

CARMEN. A Carlos; dilo de una vez. ¡Si doña Lucía es muy buena!

ANA. La suma bondad. (Carmen y Ana acarician á Telesforo; Jorge y Carlos se han aproximado, poniéndose detrás de la silla de Telesforo y dan á éste pellizcos y puñetazos, según se marca el diálogo.)

TELESF. (¡Qué estacazo me van á costar estas caricias!) ¿Con que á mi sobrino, eh? ¡Ambiciosilla!

ANA. ¿Se opone usted, acaso?

TELESF. Al contrario; ¡me ha sido usted tan simpática!...

ANA. ¡Tía de mi alma! (Abrazando á Telesforo.)

CARMEN. ¡Es usted un ángel! (Lo mismo.)

TELESF. (Sintiendo los pellizcos.) ¡Ay!

CARMEN. (A Jorge.) ¿No te he dicho que nos dejes solas?

ANA. ¡Ahora que estábamos en el período más culminante!

TELESF. (Dirigiéndose á Jorge y Carlos.) ¿Qué buscan ustedes aquí? ¿No saben que queremos estar solas?

CARLOS. (A Jorge, algo retirados al fondo.) Imposible que esto continúe así.

JORGE. Déjalo por mi cuenta; ve á decir á Gaspar que sirva el café; yo, por mi parte, procuraré que los demás invitados vengan á interrumpir el terceto. (Carlos entra en el hotel y sale al poco rato y vase por la derecha arriba. Jorge por la izquierda.)

TELESF. ¡Hase visto los importunos! Continúen ustedes, hijas mías. ¡Uf! (Ana y Carmen se acercan más que antes á Telesforo.)

CARMEN. No te acerques tanto, Ana, que molestas á doña Lucía.

TELESF. Al contrario; que se acerque... acérquese usted... y usted también, pimpollos... soy muy amante de la juventud.

CARMEN. ¿En qué estábamos?
TELESF. En que querían ustedes casarse.
CARMEN. Prontito.
ANA. En seguida.
TELESF. (¡Qué ingenuidad!) Me parece muy bien.
CARMEN. Pero ¿y el tutor?
ANA. ¿Y el testamento?
CARMEN. ¿Cómo casarnos sin su permiso?
TELESF. Prescindiendo de él... no... es decir...
CARMEN. ¿Y de qué viviremos? Porque Jorge no tiene ya nada
TELESF. ¡Desdichado!
CARMEN. ¡Ay, doña Lucía!
ANA. ¡Ay, querida tía!
CARMEN. De usted depende nuestra felicidad.
TELESF. ¿De mí?
ANA. ¡Si usted quisiera convencer á nuestro tutor!...
CARMEN. Y arrancarle el consentimiento por escrito...
TELESF. Si yo no tengo ningún ascendiente.
CARMEN. ¿Que no? ¡Grandísimo! ¿Cree usted que no hemos notado la simpatía que ha despertado usted en él?
ANA. Sea usted nuestra Providencia.
CARMEN. Nuestra segunda madre.
ANA. Le deberemos á usted la vida.
CARMEN. Le bendeciremos eternamente.
ANA. ¿Sí?
CARMEN. ¿Sí? (Asediándole.)
TELESF. Despacio; despacio, hijas mías... no me comprometo... en fin, lo intentaré... ¿Quién resistiría en mi situación?
CARMEN. ¡Oh! no esperábamos menos... ¡Gracias! (Le besa en la frente.)
ANA. ¡Gracias!... Vamos á mandarle á usted nuestro tutor.
CARMEN. Y no olvide que el consentimiento ha de ser por escrito. (Le besan nuevamente y vanse: Carmen, por la izquierda, y Ana, por la derecha.)
TELESF. (Levantándose.) ¡Uf! esto es demasiado para un hombre solo. ¡Yo necesito refrescar... beber algo!...

ESCENA XIV

TELESFORO, GASPAR, JUNCALES, DOÑA LUCÍA, DON FRANCISCO, CARLOS, JORGE, ANA y CARMEN; después, IRENE

Gaspar sale del hotel, con bandeja, ocho tazas, platillos, cucharillas y azucarero con tenacillas, y lo coloca en el velador.

TELESF. Gaspar, llegas á punto. Tráeme un vaso de agua con cogñac, grande, muy grande... estoy ardiendo.

GASPAR. ¡Já! ¡já!... Ahí tiene usted el estanque.

TELESF. Anda. (Gaspar entra en el hotel.) (¡Adiós!... ¡Mi sombra negra!) (Viendo á Juncales que viene por la derecha.)

JUNCAL. Doña Lucía, mis pupilas acaban de decirme que usted me buscaba. (Pone el sombrero de copa encima del velador.) ¿Es cierto? ¿Es posible que sea tanta mi fortuna? ¡Oh! (Gaspar viene y deja sobre el velador el cogñac que ha pedido Telesforo; Juncales bebe.) ¡Gracias!

LUCIA. (Por la derecha.) ¡Señor de Juncales!

JUNCAL. (Nada; no le dejan á uno.)

LUCIA. ¿Quiere usted presentarme á esta señora?

JUNCAL. Con mucho gusto.—La señora de Monforte.—Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa... (Se saludan, etc.)

LUCIA. ¿Tía de Carlos?

TELESF. Efectivamente, yo soy la tía de Carlos recién venida del Brasil.

LUCIA. Hace mucho tiempo que tenía vivos deseos de conocer á usted, porque he sido amiga íntima de su difunto esposo.

TELESF. ¿Eh? (¡Horror! ¡Yo me desmayo!) (Se asusta de lo que acaba de oir, y se desmaya.)

JORGE. (Por la izquierda.) ¿Qué? ¿Qué pasa?

TELESF. (Que esta señora ha sido amiga íntima de mi difunto esposo.) (Todo esto como arrebatado y muy vivo todo el diálogo.)

CARLOS. (Por la derecha.) ¿Qué sucede? (Va corriendo á Telesforo como para socorrerle.)

TELESF. (¡Nada; que ahí tienes á la difunta amiga de mi íntimo esposo!

JORGE. ¡Ay, Dios mío!

CARMEN. / ANA. (Por la izquierda.) Señores...

TELESF. ¿No se han enterado ustedes?... Esa señora es la íntima difunta de mi esposo.

CARMEN. ¿Qué dice?

CARLOS. (A Jorge.) ¿Qué hacer?

JORGE. (A Carlos.) ¡Calma!... ¡calma!

GASPAR. (Viene del hotel con cafeteras: con café en una, y leche en otra. Don Francisco por la derecha.) El café.

FRANC. Permíteme, sobrino; á mí, como amo de casa, me toca hacer los honores. ¿Qué le pasa á doña Lucía?

JORGE. La emoción... el recuerdo de su esposo... Doña Lucía, ¿quiere usted distraerse?... Sírvanos el café.

TELESF. Sí, yo le serviré; son prerrogativas de la edad.

JUNCAL. (Estoy que trino: ahora que ella misma me había llamado. ¡Ah! pero yo no renuncio.)

LUCIA. (A Telesforo.) ¿Y hace mucho tiempo que vino usted á España?

JORGE. (Bajo y aparte á Telesforo.) (Procura cortar la conversación.)

TELESF. Cortemos esa conversación.

JORGE. (Bajo y aparte á Telesforo.) (Pregúntale si la gusta el café con mucha leche.)

TELESF. ¿Quiere usted azúcar ó leche?

JUNCAL. (Presentando la taza á Telesforo.) A mí muy dulce, y ponga usted los terrones con sus propios dedos.

TELESF. Bien... (Olerán á tabaco.) (No presta atención á lo que está haciendo, puesto que está mirando á doña Lucia: vierte la leche sobre el sombrero de Juncales, que está sobre el velador. Viendo su error, coge el sombrero, y al hacerlo, vierte toda la taza que tiene Juncales.)

LUCIA. (¡Qué vejestorio más ridículo! ¡Y mi sobrino supone que yo puedo ser así!)

JUNCAL. (¡Oh! ¡qué idea se me ocurre!... excelente... excelentí-

sima... así encontraré medio...) Señoras y señores: voy á hacer á ustedes una proposición.

TELESF. Silencio... atiendan ustedes, que el señor quiere hacernos una proposición.

JUNCAL. Que espero acepten ustedes.

TELESF. ¡Aceptada! Se termina la fiesta y nos retiramos á descansar, ¿eh?

JUNCAL. Todo lo contrario; yo debo corresponder...

GASPAR. (Por la derecha.) El coche del señor de Juncales.

TELESF. (Sí, márchese usted.)

JUNCAL. Propongo á ustedes se sirvan honrar mi modesta casa y aceptar un pequeño *lunch*.

CARMEN. ¡Gran idea!

ANA. ¡Magnífica!

FRANC. Por mí, siga la broma.

TELESF. (Por mí, que siga... ¡hasta que me maten!)

JORGE. (¡Hasta arrancarle el consentimiento!)

JUNCAL. (A doña Lucia.) Señora, ¿será usted tan amable que se digne aceptar un sitio en mi carruaje?... No... no admito excusas.

LUCIA. ¿Pero me permitirá usted que lleve á mi hija Irene?

TELESF. ¿Eh? ¿Irene?

LUCIA. ¿Dónde está?

IRENE. (Por la derecha.) Aquí, mamá.

TELESF. (¿He oído bien? ¡Irene!)

IRENE. ¡No me engaño!... Esa voz... ¿Será él?

TELESF. (Mirando á Irene.) ¡Ella!... ¡ella!...

IRENE. ¡No; es una mujer! (Con desaliento.)

TELESF. (Para no ser reconocido se tapa la cabeza con las faldas, cayendo en los brazos de Carlos.) ¡Es ella... y yo en esta facha!

JORGE. (Pónese delante de él, arreglándole las faldas y procurando que no se le vean los pantalones de ciclista.) ¡Por Dios!

TELESF. ¡Ella!... ¡ella! (Mucha animación en las figuras. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de don Servando. Puertas laterales y al foro. Detrás de ésta, balaustrada y fondo de jardín. En la izquierda, piano; á la derecha, sofá. En la izquierda, velador con escribanía, timbre y libros; carpeta con papel y sobres. Un biombo.

ESCENA PRIMERA

TELESFORO, JORGE y CARLOS

TELESF. (Viene por la primera izquierda rápidamente y como huyendo.) Ahora que están todos entretenidos con el *lunch*, huyamos.

JORGE. (Que entra por el foro.) ¡Ah, pillo! (Le agarra fuertemente del brazo.)

TELESF. ¡Aparta! No puedo detenerme; me ha caído muy mal el helado.

JORGE. Pues revienta. Pretendes dejarnos en la estacada, ¿eh?

CARLOS. (Por la primera de la izquierda.) ¡No le sueltes! (A Jorge.) Te conocimos la intención. (A Telesforo.)

JORGE. (A Carlos.) Cierra esa puerta. Así. (Carlos cierra la puerta del foro con cerrojo.)

TELESF. Pero esto no se hace con ningún cristiano; esto es convertirme en eunuco de vuestro harem.

JORGE. ¿Cómo de nuestro harem? ¿Eres capaz de ofender á nuestras futuras esposas?

CARLOS. ¿Por qué no te has mostrado amable con el tutor?

JORGE. ¿Por qué te has levantado repentinamente de la mesa?

CARLOS. ¡Vaya un modo de conducirse una señora!

JORGE. ¡Y una señora que pasa por la tía de Carlos!

CARLOS. ¡Valiente tía!

JORGE. (Agarrándole fuertemente del brazo y casi zamarreándole.) ¿Sabes lo que eres tú? ¡Una rabanera!

TELESF. ¡Firme!... ¡firme!... Si por mucho que me insultéis, me merezco más todavía... ¡Oh! (Saca la petaca, toma un cigarro y empieza á fumar.)

JORGE. ¿Qué haces?

TELESF. (Que está sentado en el sofá.) ¡Fumo!... En todo el día he podido dar una chupada.

JORGE. (Pretendiendo quitar el cigarro á Telesforo.) Ya fumarás más tarde; ahora llenarías esto de humo y es una falta de atención á las señoras.

CARLOS. ¿No prometiste á nuestras novias conseguir el permiso de su tutor?

JORGE. ¡Se lo prometiste!... promesa de caballero.

TELESF. ¡Pero como yo soy una rabanera!...

CARLOS. ¿No te enorgullece el tener en tus manos nuestra felicidad?

JORGE. ¿No te parte el alma nuestra situación?

TELESF. ¿Hay situación más horrible que la mía? ¡Estar tanto tiempo soñando con la imagen de esa criatura, y cuando el destino la pone ante mis ojos!...

CARLOS. ¿A quién?

TELESF. ¡A Irene!... ¡A mi ángel de Biarritz!

JORGE. ¿La hija de esa señora?

TELESF. ¡Qué hija!... ¡Si Irene no tuvo nunca madre!... Esa señora Monforte es sin duda la dama americana que la recogió.. ¡Abur!... dejadme salir; es preciso que termine esta farsa; yo necesito recobrar mi sexo.

JORGE. (Sujetándole.) ¡Escucha!

TELESF. ¡No, dejadme!

CARLOS. ¡Que pueden venir!

TELESF. No me importa: ¡que vengan todos!

JORGE. ¡Calla, condenado!

(Desde que Telesforo dice «¡abur!», Jorge y Carlos lo vuelven á coger de los dos brazos, después de haber pretendido huir Telesforo. Se apoderan por fin de él y le traen al prorcenio.)

TELESF. (Gritando.) ¡Quiero salir de esta grillera!

JORGE. ¡No grites así!

TELESF. (Paseando muy agitado.) ¡Gritaré!... ¡pediré socorro!... ¡el ciervo grita cuando le acosa la sed! ¡yo soy un ciervo sediento de amor!

CARLOS. (Que va á escuchar á la primera de la izquierda, dice á Jorge:) ¡Tápale la boca!

TELESF. Quiero echarme á los pies de esa criatura; ¡declararla mi pasión! ¡decirle mil ternezas!

JORGE ¡Está loco!

TELESF. ¡Irene! ¡Irene!

JORGE. (Amenazándole.) ¡Mira, si no callas...!

CARLOS. (Viendo la desesperación de Telesforo.) ¡Es un energúmeno!

TELESF. (Como loco.) ¡Irene!... ¡Irene!

JORGE. En mi vida he visto animal semejante.

TELESF. (Sentándose en la silla de al lado de la mesa.) ¡Cierto! ¡Un animal de mi especie no se halla sobre la tierra! ¡No pertenezco á ningún género! ¡Estoy sin clasificar!... ¡Abur!... (Levantándose.) Y decid á esas jóvenes amables. que no vuelvan á demostrarme su gratitud, sobre todo delante de Irene.

JORGE. De eso hablaremos después; ahora... (Llaman en la puerta del foro.)

CARLOS. Silencio.

JORGE. No se puede. (Como contestando al que llama.)

TELESF. (Gritando.) ¡Sí se puede!

GASPAR. (Desde dentro.) ¡Soy yo!... Gaspar... vengo de parte de don Francisco.

JORGE. ¿De mi tío?

CARLOS. Es verdad, que se quedó en su quinta con no sé qué pretexto. (A Jorge.) Abre... sepamos lo que ocurre.

ESCENA II

DICHOS y GASPAR

GASPAR. (Que trae dos cartas en la mano. A Jorge.) Su señor tío me ha dado esta carta para usted; y para usted esta otra. (A Telesforo.)

JORGE. ¿Mi tío me escribe?... Veamos.

TELESF. (Leyendo la carta que le ha dado Gaspar.) «Caballero.» (Intenta devolver la carta á Gaspar.) Estás equivocado, esta carta no es para mí...

GASPAR. ¡Sí, señor; estoy seguro!

TELESF. ¿No ves que dice: «Caballero?» y yo soy una respetable señora.

GASPAR. Siga usted leyendo.

JORGE. (Asustado por lo que le dicen en la carta.) ¡Jesucristo!

TELESF. (Asustado por lo que le dicen en la suya.) ¡María Santísima!

CARLOS. ¿Eh? ¿Qué os dicen?... ¿Qué es ello?... ¿Qué pasa?... Corre, Gaspar, preséntate en el comedor y procura entretener á don Servando y á esas señoras: que no vengan por aquí; di que te hemos mandado llamar para servir el *lunch*... (Vase Gaspar.) ¡Hablad! ¿Qué exclamaciones son esas?

JORGE. (Dándole la carta.) ¡Toma!... ¡Lee!...

TELESF. (Dándole la suya.) ¡No, no; lee antes esta... ¡No me faltaba más!...

CARLOS. (Leyendo.) «Caballero: Lo sé todo.»

TELESF. ¡Lo sabe todo!... Sigue.

CARLOS. (Leyendo.) «Cualquier hombre puede ser juguete de una mujer por ridícula y vieja que sea. Bajo este supuesto, nada tengo que decirle; mientras siga usted usando faldas, mi honor está á cubierto de toda burla; pero no olvide usted que el recobrar los pantalones ha de costarle á usted una estocada de muerte.»

TELESF. ¡De muerte!... ¡Y me la da!... ¡Me pincha!... no me cabe duda... sopena de condenarme á perpetuas fal-

das... Yo me meto en el primer tren que pase, y cruzo la frontera. ¡Adiós, Irene!

CARLOS. ¡Bah! Todo puede arreglarse.

TELESF. ¡Sí; reformando mi partida de bautismo!

CARLOS. ¿Pero quién pudo decirle...?

TELESF. ¡Cualesquiera!... Nosotros en la reyerta que sostuvimos en el jardín.

CARLOS. ¡Si te hubieras mostrado á la altura de tu papel!... ¿Te convences de que eres el único culpable de cuanto nos pasa?

TELESF. El único culpable... y el único... víctima también.

JORGE. ¿El único víctima? Lee... lee mi carta. (Da la carta á Carlos.) Es corta, pero contundente.

CARLOS. (Leyendo.) «¡Sobrino! Tu complicidad en la sangrienta burla de que he sido objeto es inconcebible. Ni olvido, ni perdono; ¡tu tío ha muerto para tí!—Esto es más serio.

TELESF. ¿Cómo? ¿más serio que la estocada que quiere propinarme?

JORGE. ¡Adiós protección!... ¡adiós carrera!... ¡adiós boda!

CARLOS. ¡Ea! no hay que amilanarse; déjalo por mi cuenta: voy á echarme á los pies de tu tío.

TELESF. ¡Bravo!... y yo también; es la mejor solución.

CARLOS. No; tú te quedas aquí. Es preciso que cumplas tu promesa.

TELESF. ¡Pero si ya estoy descubierto!

CARLOS. Por el tío de éste tan sólo, y precisamente para que no venga y entere á los demás, es por lo que voy en su busca.

TELESF. ¡Hombre!

CARLOS. Suponte que nos da su perdón. ¿Qué hemos logrado si no conseguimos el permiso del señor de Juncales? Nada, vosotros trabajad este asunto, que yo me encargo del tío. ¡Hasta luego! (Vase por el foro.)

ESCENA III

JORGE y TELESFORO

TELESF. Pero ¿eres capaz de pensar en el matrimonio cuando acabas de perder una gran fortuna?

JORGE. ¿Qué fortuna?

TELESF. La de tu tío. ¿No te deshereda?

JORGE. ¿Qué me importa? Hoy por hoy mi única fortuna consiste en obtener la mano de Carmen... ¡Ah! ¡una idea! Tú no te has declarado aún á Irene, ¿no es verdad? Pues bien: yo voy á hacer que sea ella quien se declare á tí.

TELESF. ¿De qué modo?

JORGE. Muy sencillo: sigues siendo la tía de Carlos, te la traeré á esta sala, procuraré que os dejen solos, y tú, con habilidad...

TELESF. Entendido... entendido... Tráemela en seguida.

JORGE. No; antes tienes que lograr el consabido papel... Viene gente... (Jorge obliga á Telesforo á sentarse en el sofá, y él se sienta á su lado en una silla, afectando indiferencia.) ¡Silencio!

ESCENA IV

DICHOS; CARMEN, ANA, DOÑA LUCÍA é IRENE, por la primera de la izquierda.

CARMEN. ¿Lo ven ustedes? Está aquí doña Lucía.

ANA. Nos extrañaba tanto que no volviera usted por el comedor...

TELESF. ¡Gracias!... ¡gracias! Me sentí algo indispuesta...

IRENE. Yo lo supuse al ver que se levantaba usted tan de repente... ¿Y qué es ello?

TELESF. Nada, hija mía, nada. (¡Uy qué ojos me echa!) (Huyendo hacia la derecha.)

IRENE. (¿Por qué huirá de mí esta señora?)

TELESF. ¡Hacía allí tanto calor!...

LUCIA. Pues mire usted, yo sentía frío.

JORGE. Y doña Lucía también.

TELESF. Sí; yo también sentía frío... ya ve usted, estoy temblando.

ANA. Acostumbrada al clima del Brasil...

JORGE. Naturalmente; en el Brasil, por la noche...

TELESF. Se asan los pájaros.

CARMEN. ¿Y por el día?

TELESF. Se los come uno.

ANA. Voy á cerrar esta ventana.

(Las figuras están colocadas en este orden: doña Lucía é Irene se han sentado en la izquierda, Ana y Carmen en el sofá y Telesforo entre las dos.)

TELESF. Sí; ciérrela usted del todo.

ANA. (En la ventana.) ¿También las maderas?

TELESF. ¡Todo!... ¡todo!

CARMEN. Vamos á quedarnos á oscuras.

TELESF. Pues de eso trato.

CARMEN. ¿Eh?

TELESF. Que no se trata de eso, sino de que no entre aire.

ANA. ¡Vamos... así... á media luz! (¿Y Carlos?) (A Jorge.)

JORGE. (¿No estaba con ustedes?)

ANA. (No; hemos dejado solo á mi tutor.)

JORGE. ¡Ah! pues no es cosa de dejarle solo; ¡voy á fumar con él un cigarro!... (Y prepararle de paso el terreno...)

(Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA V

TELESFORO, DOÑA LUCÍA, IRENE, CARMEN y ANA

CARMEN. Nosotras haremos á usted compañía.

TELESF. Gracias... gracias.

IRENE. ¿Se siente usted mejor?

TELESF. (Se sienta.) Me siento trastornado... digo, trastornada... ya respiro bien.

IRENE. (A doña Lucía, bajo y aparte.) (¿Quién será esta señora?)

LUCIA. (Eso me pregunto yo desde que la vi: procuraré inquirirlo.) (Pausa.)

TELESF. (¡Otra vez en el potro! ¡No, pues yo no hablo!)

(Aquí los actores distraen la escena con miradas significativas, guiños, cuchicheos, risas contenidas; en fin, tonterías.)

CARMEN. Si alguno escucha nuestra conversación...

ANA. Está divertido.

TELESF. (Queriendo fumar.) ¿Fuman ustedes?

TODAS. ¿Eh?

TELESF. (¡Me vendí!... ¡pícaro vicio!) Dispensen ustedes, creí que estaba en el Brasil... Allí el uso del tabaco es, más que costumbre, una necesidad, un contraveneno.

ANA. ¿Un contraveneno?

CARMEN. Lo contrario que aquí.

TELESF. Naturalmente; como que los brasileños son antídotos nuestros... digo... antípodas... Allá... ya se sabe... todo el que no se decide á fumar, amarillo en seguida.

CARMEN. ¿Cómo?

TELESF. ¡Muerto!

ANA. ¡Qué horror!

LUCIA. En verdad que usted, que tan á fondo conoce aquellos países, podía referirnos cosas muy interesantes.

CARMEN. Historias brasileñas.

ANA. Algo de la vida de don Pedro.

TELESF. (Ya salió don Pedro.)

IRENE. Háblenos usted de sus selvas vírgenes.

TELESF. ¿De las selvas de don Pedro?

LUCIA. De sus aventuras... de sus riquezas.

CARMEN. (A doña Lucía.) Usted también le conoció, ¿no es verdad?

LUCIA. Mucho.

TELESF. Como que fué su amiga íntima.

LUCIA. Pero supongo que su esposa estará en todos sus secretos...

TELESF. No; porque yo no le toleraba nunca ciertas licencias de lenguaje que ofendían mis castos oídos.

IRENE. ¡Ah! ¿Era un hombre poco respetuoso?

Lucia. Al contrario; correctísimo, sumamente amable, y si doña Lucía me permite...

Ana. Sí... sí.

Carmen. ¿Verdad que permite usted á la señora de Monforte que nos cuente alguna aventura alegre de la vida de don Pedro?

Telesf. ¡Todo sea por Dios!

Lucia. Pues, como decía, don Pedro era el hombre más bueno de este mundo. En cierta ocasión sorprendió en la cantina de una de sus haciendas á un esclavo en completo estado de embriaguez.

Telesf. Sí; el pobre Pedro tenía ese vicio.

Lucia. ¿Cómo don Pedro?... El esclavo.

Telesf. ¡Ah, ya!... el esclavo.

Lucia. Don Pedro nunca probó el vino.

Carmen. Continúe usted.

Lucia. Pues bien; ¿qué cree usted que dijo don Pedro, viéndole en estado semejante?

Telesf. ¿A mí?

Ana.
Carmen. } No; al esclavo.

Telesf. ¡Ah, ya!... al esclavo.

Lucia. Exclamó: «¡Per Baco!»

Telesf. ¿Per Baco? ¡Ah! ya... ¡Per Baco!... ¡Per Baco!... ¿Y qué contestó el esclavo?

Lucia. Una cosa graciosísima.

Telesf. ¿Graciosísima? Aquí es donde debemos reirnos... ¡Já, já, já!

Carmen. Pero si no sabemos todavía lo que contestó el esclavo.

Telesf. ¿Qué importa? ¡Já, já, já!

Lucia. Como don Pedro exclamó: «¡Per Baco!» El esclavo contestó: «¡Per Dío!»

Telesf. ¡Perdío!... ¡per Dío!

Lucia. Es decir... ¡perdido!

Telesf. ¡Perdido! No creo que tenga nada de particular.

Carmen.
Ana. } ¡Já, já!

TELESF. ¡Ah, sí!... ¡Es gracioso! ¡graciosimo!... ¡Já!... ¡já!... ¡já!.. (Exageradamente.) ¡Per Dío! *per dio*... ¿Y cómo se llamaba el esclavo?

LUCIA. Usted lo recordará mejor que yo; esta historia era la favorita de don Pedro; se la contaba á todo el mundo.

TELESF. Pero no á mí; ya he dicho que no le permitía... Sin embargo, me enteré de otra historia más graciosa aún... algo delicada de...

CARMEN / ANA. ¡A ver!... ¡á ver!...

TELESF. La historia de cierta esclava que se escapó con un capataz.

LUCIA. ¡Doña Lucía!...

TELESF. ¡Es verdad!!. Las jóvenes no pueden oir estas cosas: hay que evitar el contagio.

CARMEN. / ANA. ¡Qué lástima!

TELESF. Carmencita, ¿por qué no toca usted un poquito?

CARMEN. ¡Ay! ¡Hace tanto tiempo que no practico!... Anita podrá cantar una romanza.

TELESF. Sí.

CARMEN. *¡Vorrei morire!*

TELESF. *Anque hio*...

CARMEN. ¿Eh?

TELESF. Que yo también en mi juventud... Ande usted.

ANA. ¡Estoy tan afónica!...

LUCIA. ¡Pues usted, doña Lucía! Usted... háganos oir alguna de aquellas canciones tan lánguidas... tan originales... y que á don Pedro le entretenían tanto.

TELESF. Sí; á don Pedro... (¡Maldito sea él y toda su casta!) Consideren ustedes que hace más de cincuenta años...

LUCIA. ¿Cincuenta años? (Esta mujer me aumenta la edad.) ¡Es imposible!

TELESF. En fin, por complacer á ustedes... (Mientras canto no hablo.) (Se dirigen al piano.)

ANA. ¡Qué buena!

CARMEN. ¡Qué amable!

(Canta Telesforo acompañado por Ana *Vorrei morire,* exageradamente.)

ESCENA VI

DICHOS y JORGE, por la primera de la izquierda.

JORGE. (Saliendo.) ¡Bravo por doña Lucía!

ANA. ¿Ha oído usted? ¡Tiene una voz angelical!

JORGE. Algo aguardentosa.

ANA. ¿Eh?

JORGE. Patosa; digo, pastosa.

LUCIA. (Yo no sufro por más tiempo esta suplantación; me las pagará mi sobrino.)

CARMEN. ¡Vamos; otra canción, doña Lucía!

ANA. Sí, sí; otra.

CARMEN. ¡Usted es muy buena! (Acaricia á Telesforo.)

ANA. ¡Muy complaciente! (Idem.)

TELESF. (Pero qué largas de mano son estas niñas!)

JORGE. ¡Carmen!

ANA. ¿Se sabe qué es de Carlos?

JORGE. ¿No ha venido aún?

ANA. ¿Pues dónde ha ido?

JORGE. Quiero decir que si no ha vuelto por esta sala.

ANA. No.

JORGE. (Confidencial, á Carmen y Ana.) (Dejemos sola á doña Lucía, el tutor ya está avisado.) ¿No han enseñado ustedes á estas señoras la riquísima colección de cuadros que posee el señor de Juncales? ¡Hay firmas de primera!

CARMEN. ¡Ay, sí! ¿Es usted aficionada? (A doña Lucía.)

LUCIA. Algo.

CARMEN. Pues cuando usted guste.

IRENE. ¿No nos acompaña usted, doña Lucía?

TELESF. No, no; luego, con mil amores, iré á reunirme con ustedes.

IRENE. (Aparte á doña Lucía.) (¿Sabe usted que esta señora me tiene á mí muy preocupada?)

CARMEN. ¿Vamos? (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA VII

JORGE y TELESFORO

TELESF. ¡Que venga el tutor! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

JORGE. ¡No seas estúpido!

TELESF. ¿Tú crees que podré contenerme? Me da el corazón que le voy á soltar un silletazo.

JORGE. ¡Por Dios!

TELESF. ¡Ah!... ¡espera! Ayúdame á traer este *biombo.*

JORGE. ¿Para qué?

TELESF. Ayúdame; es el único medio de que termine con bien esta entrevista.

JORGE. Considera que tienes en tus manos... (Colocan el biombo delante del sofá, tapando éste.)

TELESF. ¡Sí, vuestra felicidad! Es una broma que me está saliendo muy cara. Sólo falta que se presente de pronto tu tío, y dominó con el seis doble... ¡Vete!

JORGE. No me fío de tí... ¡El tutor! Desde ese cuarto lo oiré todo. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA VIII

TELESFORO y JUNCALES

Telesforo, detrás del biombo; saca un cigarrillo, lo enciende y fuma.

JUNCAL. (Por la primera de la izquierda: mira la escena, no ve á Telesforo y se cree engañado.) ¡Cómo! ¡no está!... ¡ha sido una burla!...

TELESF. ¡Qué decepción! ¿No me presiente usted?

JUNCAL. ¡Ah! (Quiere ir á ver á Telesforo.)

TELESF. No; no traspase usted la frontera si quiere que continúe la entrevista. (Jorge, que ve y oye esta escena, ha salido del cuarto y quita el cigarro á Telesforo.)

JUNCAL. Sin embargo...

TELESF. No me obligue usted á marcharme.

JUNCAL. Me resigno. Pero esto es una crueldad. ¡Privarme de contemplar su divino semblante! ¡no permitirme que lea en sus ojos!...

TELESF. En mis ojos no hay escrito nada; están en blanco, como mi corazón. (Como Telesforo habrá encendido un cigarro puro, el humo es visto por el señor de Juncales, que queda asombrado.)

JUNCAL. En blanco... ¡Oh dicha! ¡Oh felicidad! ¿De modo que el recuerdo de su difunto esposo?...

TELESF. Completamente borrado.

JUNCAL. ¡Oh ventura!... Pues bien, doña Lucía... yo... yo.. (¿Fuma?) Yo quiero grabar, esculpir en ese virginal corazón estas solas palabras... «¡Lucía... yo te amo!» (Sale Jorge y le da un pellizco á Telesforo al ver que sigue fumando.)

TELESF. ¡Ay!

JUNCAL. ¿Qué?

TELESF. ¡Ay!... Me ha llegado á lo hondo esa sentida declaración.

JUNCAL. ¿De veras? (¡fuma! ¡fuma! Costumbres brasileñas... Un atractivo más.)

TELESF. De veras, sí, señor; y ahora que ya me he vendido, deseo hacer una súplica.

JUNCAL. Concedido, sea lo que fuere.

TELESF. Se trata del porvenir de esas dos criaturas.

JUNCAL. ¿Qué criaturas?

TELESF. Sus dos pupilas; las dos tienen ya elegidos sus futuros esposos.

JUNCAL. ¡Infames!

TELESF. ¿No cree usted que permaneciendo á nuestro lado sería un estorbo á nuestra dicha? Inauguremos nuestro reinado con un acto de generosidad.

JUNCAL. ¡Bien!... Que se casen.

TELESF. Que se escriban esas palabras... porque no me fío. Cuando se encuentran los hombres en cierta situación, lo conceden todo... Después, ya es otra cosa.

JUNCAL. Si la repito á usted...

TELESF. Es inútil; deme usted su consentimiento por escrito... Sólo á esa condición seguirán nuestras relaciones.

JUNCAL. ¡Por vida!...

TELESF. ¿Duda usted?... ¿Y dice que me ama?

JUNCAL. No, no dudo. ¿Pero ha de ser ahora mismo?

TELESF. Ahora mismo; sobre esa mesa tiene usted todo lo necesario.

JUNCAL. (Aparte.) (No hay remedio.)

JORGE. ¡Por fin!

JUNCAL. ¿Eh?

TELESF. ¡Que por fin he encontrado el hombre que soñaba!

JUNCAL. ¿Sí?... ¡Un ruego! Un ruego á cambio de mi docilidad.

TELESF. Diga usted... (Ahora le doy el silletazo.)

JUNCAL. Escríbame usted sólo dos frases de cariño en una tarjeta.

TELESF. ¡Por Dios!

JUNCAL. ¡Sólo dos frases!... ¡Serán el cimiento de nuestros amores.

TELESF. ¡Bien!... *Toma* y *daca*.

JUNCAL. En seguida.

TELESF. (¿Y qué le pongo yo? ¡Ah! Ya sé.) (Juncales escribe en la mesa y Telesforo en una tarjeta.)

JUNCAL. Ahí tiene usted mi permiso en toda regla. (Le da un papel.)

TELESF. (Se lo da á Jorge, que desaparece por el foro sin ser visto de Juncales.) ¡Gracias!... No sabe usted lo que ha hecho.

JUNCAL. ¿Cómo?

TELESF. Que... Lea usted.

JUNCAL. (Leyendo la tarjeta.) «Tuya ó del claustro.»—Telesforo Barranquilla. ¿Eh? ¿Telesforo?

TELESF. *¡Tableau!* ¡He escrito en mi tarjeta!

JUNCAL. ¿Qué significa esto?

TELESF. Que sin reparar he escrito en la tarjeta de un amigo; pero ¿qué importa? El autógrafo existe.

JUNCAL. Es verdad.

TELESF. Ea, retírese usted; estoy muy nerviosa.

JUNCAL. ¿Cuándo nos veremos?

TELESF. Cualquier día.

JORGE. (Saliendo por el foro) Pero señor de Juncales, que le esperan á usted nuestros invitados.

JUNCAL. Sí; ya voy... ya voy... (A Telesforo) ¡Adiós, sol mío! (Vase por el foro.)

JORGE. ¡Já, já!

ESCENA IX

JORGE y TELESFORO

JORGE. (Abrazando á Telesforo, que se reune á él.) ¡Eres un héroe! Cuenta con nuestra eterna gratitud.

TELESF. Empieza á demostrármelo enviándome á Irene. ¡Aguarda!... Coge de ahí. (Trasladan el biombo y lo colocan donde estaba, sin plegarle.) La entrevista con Irene no requiere biombo; al contrario...

JORGE. ¡Já, já! ¡Buena suerte!

ESCENA X

DICHOS y DON FRANCISCO

FRANC. (A su sobrino Jorge, que va á salir.) Un momento.

JORGE. (¡Mi tío!)

TELESF. (¡El capitán!) ¡Llegó mi última hora!) (Se esconde detrás del biombo.)

JORGE. ¿No ha visto usted á Carlos?

FRANC. No.—¿Dónde está ese anfibio?

JORGE. ¿Qué anfibio?

FRANC. Ese hombre con faldas. Te juro que en cuanto le vea...

TELESF. (Creo en Dios padre...)

FRANC. ¿Dónde está?

JORGE. ¡Chist!... ¡hable usted bajo!...

FRANC. ¿Eh?

JORGE. Que hable usted bajo.

FRANC. ¿Y por qué?

JORGE. ¡Silencio, por Dios!

FRANC. ¿Se está muriendo alguien?

TELESF. (Sí, señor.)

JORGE. Es que tengo un plan: yo estoy tan indignado como usted, porque también yo ignoraba...

FRANC. ¡Mentira!... Tú has sido su cómplice.

JORGE. ¡Más bajo!... ¡que anda por ahí y puede enterarse!... Oigame usted y se convencerá de mi inocencia... Quiero vengarme de él de un modo terrible. Quiero desnudarle delante de todo el mundo.

FRANC. ¿Cómo desnudarle? Eso es faltar á la moral y al respeto...

JORGE. No precisamente desnudarle... confundirle...

FRANC. ¡Ya!

JORGE. Escóndase usted en ese cuarto... (Segundo de la izquierda.) es cuestión de unos momentos, y cuando estén todos en esta sala...

FRANC. ¡Salgo y le divido!... Pero mira que si tratas de burlarme...

JORGE. ¡Tío, por Dios!

FRANC. Es que yo no me fío de las apariencias, y mucho menos de tí.

JORGE. (Que ha de fingir alguna intranquilidad, mirando por donde cree que ha de venir Telesforo.) Que creo que llega, y si le ve á usted...

FRANC. ¡Oye! ¿No sería mejor tirarle al estanque?

JORGE. ¡Que viene! (Mete casi á empellones á don Francisco en la segunda puerta de la izquierda y cierra con llave.)

FRANC. (Desde dentro.) ¿Por qué me encierras?

JORGE. Para evitar que venga alguno y le sorprenda á usted; yo me llevo la llave, es cuestión de unos instantes: confíe usted en mí.

FRANC. ¡Sobrino!

JORGE. ¡Silencio! (Cierra completamente y echa la llave.)

ESCENA XI

JORGE y TELESFORO; después, IRENE

TELESF. (Saliendo de detrás del biombo) ¡Gracias, te debo la vida! Ya me veía traspasado... ¡Adiós... hasta nunca!

IRENE. (Saliendo por el foro.) Doña Lucía, deseaba hablar unos instantes con usted.

TELESF. (¡Irene!... Y ahora, ¿quién se marcha?)

JORGE. ¡Ahí se quedan ustedes! (¿Qué habrá sido de Carlos?) (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA XII

TELESFORO é IRENE

IRENE. ¿No me juzgará usted impertinente ni atrevida?

TELESF. ¡Al contrario! ¿Quiere usted hacerme alguna confidencia?

IRENE. Quiero hacer á usted algunas preguntas...

TELESF. ¿Referentes á mi sexo?

IRENE. A...

TELESF. Siéntese usted... siéntese aquí... (En el sofá.) y procure no alzar la voz... pudiera oirnos algún indiscreto. (Se sientan.) (¿Habrá cerrado con llave? (Telesforo mira á hurtadillas á Irene con cierto arrobamiento.) ¡Qué hermosa está!) Hable usted, hija mía...

IRENE. El caso es que no acierto á formular mi primera pregunta.

TELESF. Atrévase usted; yo la autorizo á todo.

IRENE. Pues bien... ¿Usted ha sido siempre tía?

TELESF. (¡Me descubrió! ¡Estoy por echarme á sus pies!) ¿Cómo tía?

IRENE. ¡Tía de Carlos!...

TELESF. Diré á usted... Hasta hoy puede decirse que no he tenido con él tal parentesco.

IRENE. ¡Ah!... ¿Luego no me engaño?

TELESF. Pero es porque hasta hoy no le he conocido.

IRENE. ¿Y usted no ha tenido familia?

TELESF. Muy poca.

IRENE. ¿Algún hijo?

TELESF. Que yo sepa, no.

IRENE. Pues es usted su vivo retrato...

TELESF. ¿El retrato de quién?

IRENE. De Telesforo.

TELESF. ¿De Telesforo Barranquilla? ¡Naturalmente, como que soy yo!

IRENE. ¡Oh! ¡Dios mío!

TELESF. No; no se asuste usted, hija mía. Quiero decir que soy su vivo retrato... ¡Me lo ha dicho tanta gente!... Y no le conozco... pero es algo pariente mío... Le conoció usted en Biarritz, ¿no es verdad?... Sí... allí pasó una gran temporada.

IRENE. ¡Una temporada que tiene para mí tristes recuerdos!... Allí murió mi padre... y allí conocí á Telesforo.

TELESF. ¡Ay! (Asustado.)

IRENE. ¿Qué?

TELESF. ¡Nada; creí que se abría esa puerta! Siga usted... Allí conoció usted á Telesforo... ¿Y qué más?

IRENE. Que un día desapareció de repente.

TELESF. ¡Ingrato!... Se le acabaría el dinero.

IRENE. No; yo no puedo acusarle de ingratitud, puesto que ningún compromiso le ligaba á mí.—Vea usted.—Cuando supo que papá se hallaba enfermo, empezó á visitarnos con constante asiduidad; por las noches, á fin de que papá se distrajese, jugaba á las cartas... mas no por pura distracción... dinero... mucho dinero... y el pobre Telesforo siempre perdía.

TELESF. ¡Claro!... Como que á él no le importaba el juego...

IRENE. ¡Justo!... Y eso es precisamente lo que más le realzaba á mis ojos: su generosidad, su nobleza de corazón... ¿Cree usted que se fijaba en el tapete verde?

TELESF. Hubiera sido un crimen, teniendo delante esa cara...

IRENE. Me lanzaba unas miradas...

TELESF. ¿Así? (Mirando á Irene con pasión.)

IRENE. Así... poco más ó menos. Yo... ¿á qué negarlo? le correspondía del mismo modo, y todas las noches esperaba que me repitieran sus labios lo que constantemente me decían sus ojos... ¡pero nunca se atrevió!

TELESF. ¡Estúpido!

IRENE. ¡Al contrario! Si aquella timidez era lo que á mí más me encantaba; el verdadero amor debe salir por los ojos antes que por la boca... yo juzgo por mí.

TELESF. (¡Me la comía!) ¿De modo que si le encontrara usted...

IRENE. ¡Ay!... ¡No quiero pensarlo!... ¡Ante todo, le devolvería su dinero!

TELESF. ¡Qué dinero, ni qué!...

IRENE. ¡Sí, señora! El lo perdió por mí... y después, si aún seguía amándome, le obligaría á hablar, porque no he de ser yo quien se declare, ¿no es cierto?

TELESF. Sí; no ha de ser usted... (Levantándose rápidamente y decidido á decir la verdad y explicar su situación.) (Ea, esto se acabó...) ¡Irene!... (¡No... no! ¿Qué va á pensar de mí?... ¿cómo me declaro en esta facha?) Espéreme usted unos instantes, y yo la prometo que verá usted á Telesforo.

IRENE. ¿De veras?... ¡Ay! ¡Estoy loca de felicidad!... (Quiere besarle.) Déjeme usted que la bese...

TELESF. (Como huyendo.) Después... después... (¡Aunque me cueste cien estocadas!) (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XIII

IRENE; después, DOÑA LUCÍA

IRENE. ¡Qué señora tan especial!

LUCIA. (Saliendo por el foro.) ¿Dónde va tan deprisa esa vieja marimacho? ¿Has conseguido descubrir este enredo?

IRENE. No.

LUCIA. Pues yo lo conseguiré.

IRENE. Me ha prometido volver al instante.

ESCENA XIV

DICHAS y DON FRANCISCO

FRANC. (Por el foro) Lo he escuchado todo y no he podido resistir más; he saltado por la ventana. Y esta pobre criatura, que le ha abierto su pecho. ¡Tunante! ¿Dónde está? Yo daré con él. ¡Y mi señor sobrino encerrándome, valiéndose de un engaño... pero ya he tomado mi resolución! Se acordará de mí mientras viva. Señora...

LUCIA. ¡Capitán!

FRANC. No me llame usted capitán. Yo soy aquel grumete que hace veinticinco años no se atrevió á declararse á usted; pero el tiempo no pasa en balde, y estoy arrepentido de mi falta. Esta es mi mano, señora doña Lucía; ¿se digna usted aceptarla?

LUCIA. ¡Por Dios!

FRANC. Acéptela usted, aunque sólo sea por que mi sobrino se muera del disgusto.

LUCIA. ¡Eso es una locura!

FRANC. No, señora; una venganza.

LUCIA. ¿Y me elige usted por instrumento?

FRANC. Si no me acepta usted por marido, estoy dispuesto á lanzarme á una vida de crápula y derrochar en un año todo mi capital.

LUCIA. ¡Y una vez en la miseria!...

FRANC. ¡Que rabie mi sobrino!

LUCIA. ¡Bonita resolución!

FRANC. Es que usted no sabe todavía...

ESCENA XV

DICHOS; JORGE, CARMEN, CARLOS, ANA y JUNCALES; después, GASPAR. Todos por el foro.

La colocación de los personajes que están en escena es la siguiente: A la derecha del actor, don Francisco, próximo á la puerta. Irene en primer término, y doña Lucía en segundo. Don Servando Juncales en el centro, primer término. A la izquierda, en segundo término, Ana y Carlos, separados. Gaspar, cuando lo mande el diálogo, se queda en la puerta del centro.

JUNCAL. (Muy contento) ¡Todos: vengan ustedes todos, que quiero obsequiarles con una gran sorpresa!

JORGE. ¡Mi tío! (Se sorprende al ver á su tío.)

CARLOS. (¡Ya podía yo buscarle por todo el pueblo!)

FRANC. (Aparte á Jorge.) ¿Te extraña verme, no es verdad, teniendo la llave en el bolsillo? Pero te olvidaste de cerrar la ventana; ya hablaremos.

JUNCAL. (A Gaspar.) Tráenos algo con que remojar el fausto suceso. (Vase Gaspar por el foro.) Señores, presento á ustedes al hombre más feliz de la tierra, un viudo sin hijos... y al propio tiempo tutor, sobre el cual pesaba una horrible responsabilidad: el porvenir y la dicha de esas dos criaturas. De improviso, un benéfico rayo de luz penetra en mi alma y nos inunda á todos de felicidad con su brillo esplendente.

FRANC. Déjese usted de luminarias, y al grano.

JUNCAL. Tenga usted paciencia. Bajo esta grata impresión, y con el mayor desinterés y no menor gusto, consiento en que mis dos entrañables pupilas se unan en eterno lazo con los dos jóvenes elegidos de su alma, que merecen por sus bellas cualidades todo mi afecto y toda mi simpatía. ¡Carlos! ¡Jorge! ¡abrazad á vuestras futuras esposas!

CARLOS. }
JORGE. } ¡Oh!

CARLOS. ¡Usted no es un tutor!

JORGE. Es un mirlo blanco.

JUNCAL. Y ahora viene la gran sorpresa... (Todos se miran, y miran con verdadera sorpresa á don Servando.) El anuncio de un tercer enlace.

FRANC. ¿El mío con esta señora?

JUNCAL. (Con cierta importancia.) No, señor. ¡El mío con la otra señora, con la ilustre doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa! (Gaspar, que oportunamente llega por el fondo con una bandeja, en la que trae copas, etc., etc., para el refresco, deja caer la bandeja y copas y se queda como atontado en la puerta, ya en el escenario.)

TODOS. ¿Eh?

FRANC. (Conteniendo la risa.) ¡Puf! ¿Usted?... ¿Casarse usted?... ¡Puf! (¿Este también ha sido víctima?)

JORGE. (Aparte y bajo á su tío.) ¡Y ya ve usted hasta qué punto!

FRANC. ¡Puf!... ¡Já!... ¡já!...

JUNCAL. No sé qué tenga de risible...

CARLOS. Señor de Juncales, (Serio.) resulte lo que resulte, mi conciencia no me permite... yo no puedo tolerar...

JUNCAL. ¿Cómo que no puede usted tolerar? ¿Pretende usted imponerse á su tía? ¿No me admite usted por su tío? ¿Es ese el pago que merece mi generosa acción?

FRANC. ¡Puf!...

CARLOS. Yo no puedo callar por más tiempo; ya es preciso que lo sepa usted todo; ha sido usted víctima de un engaño.

FRANC. ¡Tremendo!... ¡Puf!...

JUNCAL. ¿Quiere usted no reirse? ¿De qué engaño se trata?

CARLOS. Esa señora con quien usted pretende casarse, no es una señora, no es mi tía.

JUNCAL. ¿Cómo?

CARLOS. Habíamos preparado un almuerzo en honor de mi verdadera tía, que me había anunciado su llegada hoy. Ana y Carmen, accediendo á nuestras súplicas, debían asistir á ese almuerzo; á última hora recibí un telegrama de mi tía participándome que no podía venir...

JORGE. Y como única solución, yo propuse presentar una tía de contrabando.

JUNCAL. ¡Una falsa tía!... ¡He sido engañado vilmente!

CARMEN. ¡Qué diablura!

ANA. ¡Qué chasco!

FRANC. ¡Puf!

JUNCAL. ¡Hombre, su risa de usted me pone más nervioso!

FRANC. (A Jorge y Carlos.) Os lo perdono todo en gracia al sofocón que se lleva éste. (A don Servando.) ¿No quiso usted robarme la novia?... ¡Já!... ¡já!...

JUNCAL. ¡Tenderme semejante lazo! ¡Una vieja ridícula con peluca y sin dientes!

FRANC. ¡Já!... ¡já!... ¡No es mala vieja!...

TELESF. Desde la puerta del foro con el traje de ciclista del primer acto.) ¿Hay permiso? (Sorpresa general.)

FRANC. ¡Adelante!... ¡adelante!... No tema usted... lo he reflexionado mejor.

ESCENA FINAL

DICHOS y TELESFORO

FRANC. (A Juncales.) Ahí le tiene usted.

JUNCAL. ¿Quién es este señor?

TELESF. Yo soy la tía de Carlos, recién venida del Brasil.

IRENE. ¡Es él!... ¡él!...

JUNCAL. ¡Un hombre!

JORGE. (Presentándole.) Nuestro amigo Telesforo Barranquilla.

TELESF. Servidor de ustedes. (A Irene.) He cumplido mi palabra. Aquí tiene usted á su Telesforo.

IRENE. ¡Qué vergüenza! Y le he declarado á usted...

TELESF. Naturalmente, como yo no me atrevía...

JUNCAL. Pero ¿qué significa todo esto?

TELESF. Significa que, contra nuestra voluntad, hemos representado todos una comedia.

JUNCAL. ¡Es horrible!... ¡inicuo!... Señor mío, devuélvame usted inmediatamente el consentimiento que me arrancó.

TELESF. Aquí está. (Mostrando un papel.)

CARMEN / ANA. ¡Por Dios! (A Telesforo.)

JORGE. No puede usted retractarse.

JUNCAL. Ese papel está dirigido á una persona que yo no conozco y que no se halla aquí.

LUCIA. Perdone usted; se halla. Ya es hora que me presente yo... Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa.

TODOS. ¿Usted?

CARLOS. ¿Mi tía? (Va á abrazarla.)

LUCIA. De modo que ese papel me pertenece...

CARMEN / ANA. ¡Señora!

CARLOS. ¡Usted mi tía!... ¡tía!...

LUCIA. Tu verdadera tía, que se asocia á tu felicidad y que os promete apadrinar vuestras bodas.

JUNCAL. ¿De modo que esa es la millonaria? (¡Buena la hice!) En cuanto á usted, caballero, nos veremos en los tribunales... tengo una tarjeta...

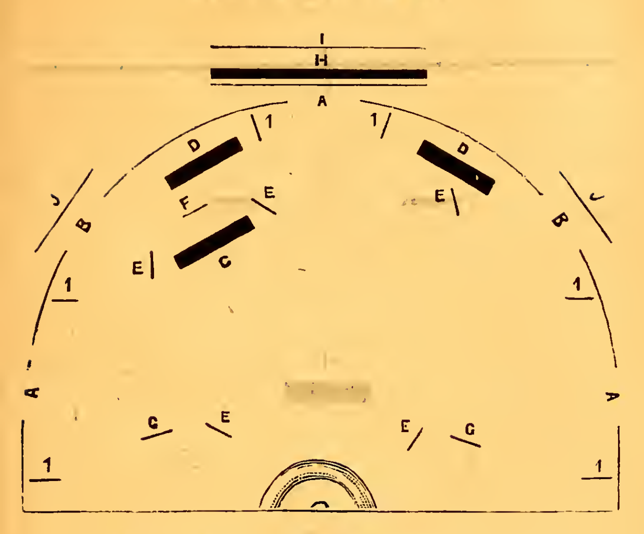
TELESF. Una tarjeta en que le prometo ser suya ó del claustro. ¿Creen ustedes que habrá tribunal capaz de condenarme á cumplir mi promesa?

TODOS. ¡Oh! (Todos rien.)

JORGE.
Colmada nuestra alegría,
la victoria cantar puedes.
Y si no aplauden ustedes
se lo cuente éste á su tía.

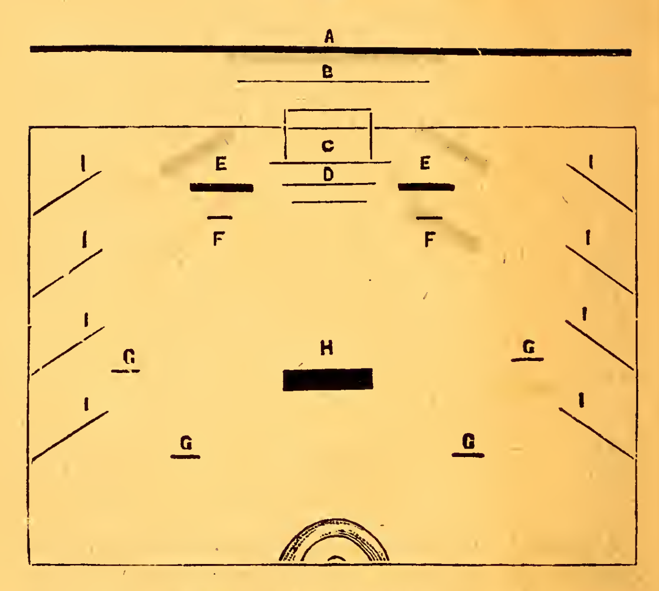
FIN DE LA COMEDIA

Acto primero.



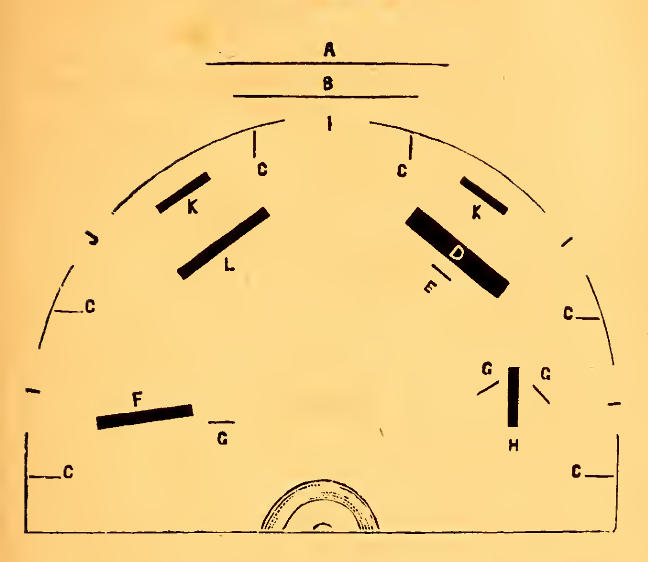
1. Sillas de despacho.—A. Puertas con cortinajes recogidos.—B. Ventanas con cortinas blancas recogidas.—C. Mesa de despacho con tapete, libros, carpeta, escribanía, papel, sobres y cesto de papeles.—D. Mesas con tapete; debajo de la de la izquierda cuatro botellas de Champagne.—E. Sillas de Viena.—F. Sillón.—G. Mecedoras.—H. Antepecho de jardín.—I. Telón de jardín.—J. Forillos de jardín.

Acto segundo.



A. Telón de jardin.—B. Forillo de sala.—C. Fachada con rótulo que diga: «Villa Redondela».—D. Escalinata.—E. Apliques de jardín.—F. Sillas rústicas.—G. Sillas rústicas.—H. Velador de jardín.—I. Apliques de jardín.

Acto tercero.



A. Jardín.—B. Antepecho de jardín.—C. Sillas tapizadas.—D. Piano.—E. Silla de Viena.—F. Sofá.—G. Sillas de Viena.—H. Mesita con recado de escribir.—I. Puertas.—J. Ventana.—K. Mesitas con bustos.—L. Biombo.





